

LA ELOCUENCIA FRANCESA EN LOS SIGLOS
XVII Y XVIII

TESIS QUE PRESENTA EL ALUMNO
LUCIS ALCANTARA GARCIA PARA SU EXAMEN
PROFESIONAL DE MAESTRO EN LETRAS.

1945



FILOSOFIA



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

QUISIERA QUE ESTE TRABAJO FUERA OSTENSIBLE Y NO
INDIGNO TESTIMONIO DE GRATITUD Y ADMIRACION
PARA:

Mis ~~mis~~ maestros de la Facultad de
Filosofia y Letras.

PARA:

ELSEÑOR PROFESOR

EDMUNDO BOUCHOUT

PARA LA SRITA.

JOSEFINA GUZMAN

La palabra es el cuerpo; el pensamiento, el alma,
y una acción apropiada la vida de la elocuencia.

C. Simmons.

Se dice que la elocuencia es el arte de hablar de modo que conmueva y persuada a los oyentes. Es un don y un arte. Como don debemos considerarla como la aptitud, la capacidad para conmoverse; como arte es la facultad de disponer y de expresar las ideas y los sentimientos de manera que emocionen a los oyentes. No es, por otra parte el simple arte de persuadir, es además ese impulso que viene de la naturaleza, por donde podemos terminar diciendo: La elocuencia es fundamentalmente el don de conmoverse y el arte de transmitir esa emoción.

Un hombre elocuente se puede llamar a aquel cuyo pensamiento brota de lo más profundo del corazón antes de pasar por el cerebro y expresarse por la voz. Ya los antiguos hablan en los mismos términos: La elocuencia brota del corazón. La fuerza del razonamiento, la diestra disposición de las partes, la galanura del lenguaje, no son características de la elocuencia: aún reunidas esas cualidades no producen la elocuencia; su elemento característico es-

la emoción, la cual nacida en el corazón vuelve a él. Si el orador no conmueve a su auditorio, podrá ser un orador de talento, pero no habrá alcanzado la virtud de la elocuencia.

Se ha exigido que el orador que quiera ser elocuente debe vivir honestamente; y Fenelon añadía: "El hombre digno de ser escuchado es aquél que solo se sirve de la palabra para expresar su pensamiento, y de su pensamiento para ponerlo al servicio de la verdad y de la virtud"

Es indiscutible que la virtud es un elemento necesario en la elocuencia, aunque se puede concluir, en atención a las muchas excepciones, que la persistencia de la virtud no es necesaria a la elocuencia; mas cuando se produce en todo su esplendor, como una verdadera apoteosis, es precisamente cuando el alma que la expresa está transida por el sentimiento del patriotismo, de la justicia de la virtud..... No puede concebirse la hipocresía en la elocuencia; la máscara que la encubriera denunciaría al actor tras el orador, además despojaría la autoridad de su palabra de toda la influencia que pudiera ejercer en el auditorio, en fin haría negativo todo su poder. Demostenes era sincero cuando expresaba su odio contra Filipo de Macedonia, en su celo ardiente por la patria a -

mada. Rousseau aspiraba realmente a la virtud aun cuando no la practicaba, y a la verdad aun cuando no pudo alcanzarla. Asi. pues, debemos mantener la antigua definici6n del orador, el cual debe su elocuencia a la manera conforme a la cual siente y concibe la verdad y la virtud. Felices tiempos en que habia oradores para quienes esta definici6n no necesitaba ser comentada; los Cris6stomos, Los Bossuet, Los F6nelon, practicaron los principios que despu6s fortalecian con la autoridad de su elocuencia!

GENEROS DE LA ELOCUENCIA

Arist6teles ha dividido la elocuencia en tres g6neros:

- 1-Deliberativo
- 2-Judicial
- 3-Demostrativo.

Se han presentado objeciones a esta clasificaci6n y sin embargo se ha perpetuado en la ensefianza. Se ha dicho por ejemplo: lo que esa clasificaci6n trata de distinguir lo confunde a menudo, ya que en la alabanza o en el vituperio el fin no es demostrar, y en 6ltimo caso seria

con los tres géneros que se refiriera esos aspectos. En donde está, pues, la distinción? Y en lo que se refiere a la elocuencia religiosa, cómo hacer entrar sin violencia, dicho género en los ya existentes? Pues bien sabemos que esta elocuencia no es ni enteramente deliberativa, ni enteramente demostrativa - aunque si participa de uno y otro género, y menos es, por lo consiguiente, del género judicial, y resulta que lo que era propio para los antiguos no es muy adecuado para la época de que se ocupa el presente estudio. Esas objeciones y algunas otras, no puede negarse, poseen la fuerza suficiente para atacar la clasificación que nos ocupa mientras se ignore el fundamento real en que se apoya esa división.

Es necesario remontarse a la fuente - Aristóteles - en ella comprobamos que esta partición de la elocuencia - en tres grados o ~~en tres~~ géneros corresponde precisamente a la división de los grandes objetos del pensamiento: -
 Lo bueno y lo útil, objeto del género deliberativo.
 Lo veraz o lo justo, objeto del género judicial.
 Lo bello y su adverso, objeto del género demostrativo.



FILOSOFIA

Una luz inesperada, un interés nuevo, se desprende de esta explicación del retórico-filósofo. Después de tantos siglos ese viejo precepto cobra nueva vida!

Como hemos dicho anteriormente- remontándonos a ña. fuente - encontraremos que esa división se apoya, no únicamente en la naturaleza del pensamiento, sino también en la situación particular de quien escucha y en los diferentes aspectos de la acción mientras se realiza: en efecto, aquel a quien se dirige el discurso tiene por --- tarea deliberar o juzgar, o simplemente escuchar, por otra parte, la deliberación se refiere al porvenir, el --- juicio al pasado; la alabanza o la censura tienen como--- base el estado presente de las cosas. Por lo tanto, la división de Aristóteles se refiere a tres aspectos:

- 1.-Al papel especial del que escucha,
- 2.-Al tiempo durante el cual se realiza la acción
- 3.-A la naturaleza del pensamiento

En el género deliberativo, el oyente delibera, delibe- ra sobre lo bueno o lo útil, y para el futuro; en el gé- nero judicial, juzga-ya sea sobre lo justo o lo verdadero con relación al pasado; en el género demostrativo, escu- cha para aprobar o para censurar en el presente lo que le parece contrario o conforme a lo bello. Pocas classifica- ciones tienen raíces tan profundas, principios tan sólidos, caracteres tan distintos.

La clasificación que atiende principalmente al lugar-- donde habla el orador, distingue la elocución en:

- 1.-Elocuencia de la tribuna

- 2.-Elocuencia de la barra
- 3.-Elocuencia de la cátedra
- 4.-Elocuencia de la Academia

Como puede apreciarse no va al fondo de lo que intenta clasificar y no señala más que un carácter exterior descuidando otros aspectos de la elocuencia.

Lo que interesa fundamentalmente en esta materia es que las clasificaciones no pueden alcanzar un rigor científico, se comprende claramente: debe conocerse el sentido de las palabras que se emplean para usarlas adecuadamente, y darles una aplicación restringida y apropiada cuando el discurso que estamos apreciando es por sí mismo de naturaleza compleja y por consiguiente abarca, en sus diferentes partes, diversas divisiones dentro de la clasificación establecida.

Expresado sumariamente nuestro criterio, sobre la elocuencia y los géneros en que se divide, pasamos al desarrollo del tema que nos hemos propuesto:

LA ELOCUCIÓN FRANCESA EN LOS SIGLOS XVII y XVIII

LOS ORADORES FRANCESES

La elocuencia francesa cuenta con pocos monumentos antes del siglo xviii: los siglos posteriores proporcionan grandes oradores en todos los géneros: en la cátedra apostólica, en la tribuna política, en los tribunales, en la Academia; un género académico característico, manantial de obras admirables.

Para el estudio que nos ocupa es necesario fijar las siguientes divisiones a las cuales llamaremos épocas: Se considera que la primera abarca desde el siglo xii hasta finalizar el siglo xv, comprende algunos nombres notables- tales como: Sn. Bernard y Gerson, en la elocuencia del púlpito, y algunos ensayos famosos especialmente en la elocuencia política que tenía su asiento en las asambleas de los estados generales. La segunda época comprende el siglo xvi y la primera mitad del siglo xviii, ya dentro del tema que nos interesa, es la más fecunda. El Renacimiento y la Reforma, épocas de cultivo y gran inquietud en los hombres, dan un gran impulso a la elocuencia. Es el tiempo de Calvino, del cardenal de Lorraine y de tantos y tantos oradores religiosos. Abundan los panfletos políticos y en la "Ménippée" Pithou proporciona a la elocuencia política los timbres más gloriosos. La---

tercera época señala el admirable advenimiento de la gran elocuencia cristiana, y llega también a su apoteosis en tiempos del gran rey Luis XIV, para decaer después de Bossuet, Bourdelone, Fénelon y Massillon. Llegando al siglo XVIII tenemos una cuarta época, ya no brilla con grandes fulgores la elocuencia sagrada, mas la barra y la academia son el centro de una pléyade de oradores distinguidos, se inician también las crisis sociales, las cuales son indicio --para las épocas que se avecinaban, del temporal apagamiento de la fulgurante elocuencia política francesa.

PRIMERA EPOCA

Del siglo XII al siglo XV. Alcores de la elocuencia

El siglo doce brilla con el esplendor de un gran orador que ha merecido ser colocado a la altura de los Padres de la Iglesia: nos referimos a San Bernard; sus discursos fueron pronunciados en latin, por lo que no pertenecian a la literatura francesa. Es verdad que poco tiempo después fueron traducidos a la lengua vulgar; pero la imperfección de este idioma naciente, que más tarde se llamó francés - borró algunas bellezas propias del texto original. Sobre San Bernard podemos consultar un pasaje del "ELOGE SUR LE SUGER", por Garat, y una nota de Daunou en el 12o volumen de la "Histoire Littéraire de la France". Una parte de los sermones de San Bernard, en lengua romance, ha sido publicada después de la versión de los cuatro libros de Los Reyes, por Leroux de Linzy.

San Bernard había tenido precursores elocuentes, pues entre sus contemporáneos y sucesores de los milanes existieron predicadores que no carecieron de mérito. En el siguiente siglo la escolástica ahogó a la elocuencia religiosa. Los estades generales de 1355 y de los años siguientes casi no han dejado más que recuerdos de revoluciones. Los debates

entre esas turbulentas asambleas y la realeza no enriquecieron la elocuencia.

En el siglo XV, el canciller de la Universidad, Gerson, dió a la palabra evangélica el sello de su gran talento y la autoridad de un carácter digno. Sus contemporáneos -- Pierre D'Ally y Clémengis merecen indiscutiblemente un lugar a su lado por su elocuencia y su celo por las causas que defendían: la moral y la religión. En el transcurso de la segunda mitad de ese siglo, bajo los reinados de -- Luis XI? Carlos VIII y Luis XII, vemos aparecer algunos -- oradores sagrados que alcanzaron gran renombre, pero que hoy los hemos olvidado injustamente. Maillard, Ménot y -- Raulin deben ser sacados de la obscuridad secular en que yacen. Es innegable que han sido despreciados; hoy no hay oportunidad para rehabilitarlos completamente. Los predicadores populares de esta época no carecen de talento aunque sí de buen gusto; no deja de ser un poco difícil encontrar algunos sermones dignos de admirarse y algunos -- pasajes elocuentes y algunas expresiones ingeniosas y de lices.

La Chronique de Monstrelet, la Histoire del religioso de Saint-Denis, escrita en latin --(traducida -- más tarde con gran exactitud e ingenio por M. Bellaguet). y la de Juvénal des Ursins, presentan muchos ensayos --

PRIMERA EPOCA

Del siglo XII al siglo XV. Alcores de la elocuencia

El siglo doce brilla con el esplendor de un gran orador que ha merecido ser colocado a la altura de los Padres de la Iglesia: nos referimos a San Bernard; sus discursos fueron pronunciados en latín, por lo que no pertenecían a la literatura francesa. Es verdad que poco tiempo después fueron traducidos a la lengua vulgar; pero la imperfección de este idioma naciente, que más tarde se llamó francés - borró algunas bellezas propias del texto original. Sobre San Bernard podemos consultar un pasaje del "ELOGE SUR LE SUGER", por Garat, y una nota de Dalmeau en el 12o volumen de la "Histoire Littéraire de la France". Una parte de los sermones de San Bernard, en lengua romance, ha sido publicada después de la versión de los cuatro libros de Los Reyes, por Leroux de Linzy.

San Bernard había tenido precursores elocuentes, pues entre sus contemporáneos y sucesores de los mismos existieron predicadores que no carecieron de mérito. En el siguiente siglo la escolástica ahogó a la elocuencia religiosa. Los estados generales de 1355 y de los años siguientes casi no han dejado más que recuerdos de revoluciones. Los debates

entre esas turbulentas asambleas y la realeza no enriquecieron la elocuencia.

En el siglo XV, el canciller de la Universidad, Gerson, dió a la palabra evangélica el sello de su gran talento y la autoridad de un carácter digno. Sus contemporáneos -- Pierre D'Ally y Clémengis merecen indiscutiblemente un lugar a su lado por su elocuencia y su celo por las causas que defendían: la moral y la religión. En el transcurso de la segunda mitad de ese siglo, bajo los reinados de -- Luis XI? Carlos VIII y Luis XII, vemos aparecer algunos -- oradores sagrados que alcanzaron gran renombre, pero que hoy los hemos olvidado injustamente. Maillard, Ménot y -- Raulin deben ser sacados de la obscuridad secular en que yacen. Es innegable que han sido despreciados; hoy no hay oportunidad para rehabilitarlos completamente. Los predicadores populares de esta época no carecen de talento aunque sí de buen gusto; no deja de ser un poco difícil encontrar algunos sermones dignos de admirarse y algunos -- pasajes elocuentes y algunas expresiones ingeniosas y de lices.

La Chronique de Monstrelet, La Histoire del religioso de Saint-Denis, escrita en latin --(traducida -- más tarde con gran exactitud e ingenio por M.Bellaguet). y la de Juvénal des Ursins, presentan muchos ensayos --

oratorios en el género político y en el género judicial, ensayos que no debemos admirar grandemente, pero tampoco desdeñar. Las amonestaciones de los estados y las de la universidad, los manifiestos de los príncipes, tienen la ventaja de dar a conocer bajo un aspecto oratorio la situación y las condiciones espirituales que prevalecían en esos tiempos. En el género judicial, el monumento más curioso de esta época es la "Apologie du duc de Bourgogne por Jean Petit, litigante verdaderamente monstruoso por el fondo y por la forma. La réplica a ese manifiesto,-- hecha a nombre de la duquesa de Orléans por el abad de Cérisy, contiene algunos trozos de verdadera elocuencia. El "Quadriloge invectif" de Alain Chartier puede ser considerado como un verdadero monumento oratorio de gran interés desde el punto de vista literario e histórico; el "Traité de l'Espérance, por el mismo escritor, también encierra muy bellas páginas.

Los contemporáneos de Alain Chartier lo llamaron Padre de la elocuencia. El estudio de los clásicos de la antigüedad fué para él, como para Christine de Pisan, escuela de nobles sentimientos y de bello estilo.

Los estados generales que tuvieron lugar en Tours el año de 1484, durante la minoría de Carlos VIII, nos dan oportunidad de conocer algunos meritorios ensayos--

de elocuencia política. Ya en tiempos del rey Juan (1357) Merchel Charles el Malo, Robert Lecoq, obispo de Laon, habíanse distinguido por su elocuencia en la tribuna política. Las decisiones de la asamblea de 1484 fueron recogidas por uno de sus miembros, Jean Masselin, el cual trasladó al latín los discursos que habían pronunciado en francés los oradores. En esos discursos puede admirarse una arenga de Philippe Pot, señor de la Roche. Es notable el hecho de que se haya conservado el texto primitivo de dos de esos discursos.

SEGUNDA EPOCA

Segunda época.- Siglo XVI y primera mitad del siglo XVII.
La elocuencia religiosa y la elocuencia política.

Llegamos al siglo XVI, la reforma, al agitar a la Iglesia y al Estado diò lugar a un nuevo despertar de la elocuencia. Entre los oradores religiosos es preciso citar, en el campo de los protestantes, a Calvin, el genio que inicia este siglo el cual es colocado por varios Historiadores entre las brillantes joyas que engarzan la secular vida de esta época, cuya vida fué una constante predicación. Como sabemos nació en Noyon, en Picardie, sus padres fueron muy pobres; pero tuvo la suerte de tener protectores muy poderosos, por lo cual siguió sus estudios en la célebre Universidad de Bourges. El orgullo y la ambición juveniles lo hicieron salirse del seno de la Iglesia Católica. Comenzó su carrera siguiendo los pasos de Lutero. Su vida fué de constante lucha por lo que solía decir que su vida era un ayuno y un insomnio perpetuos.

Bossuet decía de Calvino lo siguiente: " Es un sectario muy rígido, por eso predica la desesperación, y es natural que no conozca la suave melodía de una esperanza cristiana." Admiramos hoy, especialmente, de sus obras escritas en francés, el admirable prefacio de su INSTITUTION CHRÉTIENNE -en el discurso que dirigió al rey Francisco I, en el cual la prosa francesa empieza a tomar su verdadero carácter. No puede dejar de citarse su apología de los protestantes, dirigida a la dieta de Spire, escrita en latín y plena de elocuencia.

Théodore de Bèze se distinguió al lado de Calvino, y fué, en el coloquio de Poissy, el campeón de los religionarios. Entre los católicos nos encontramos con algunos sermones de Simon Vigor y también al cardenal Lorraine, que contestó al discurso de Théodore de Bèze en una famosa y extensa elocución que con ese nombre se conoce.

La defensa de Anne Dubourg, consejero en el parlamento de Paris, acusado de herejía y condenado a muerte, es una pieza verdaderamente patética. En la HISTOIRE de Régnier de La Planché encontramos panfletos de los protestantes, dirigidos a los "Guises" que contienen pasajes vehementes que recuerdan la elocuencia de las tri

bunas de la antigüedad.

En la asamblea de notables de Fontainebleau y en los estados generales de Orleans, reunidos por Lhopital, el - canoiller pronunciò varios y notables discursos. En la -- primera de esas notables asambleas, el obispo de de Valen - ce, Montluc, y el arzobispo de Vienna, Marillac, pronun - cieron brillantes piezas oratorias. Mas no puede negarse que el orador más brillante de esa época es Lhopital, el cual hizo escuchar su elocuencia enérgica y moderada en - muy diversas circunstancias; la elocuencia altísima de -- este gran ciudadano merece un estudio especial y profundo.

Los estados generales reunidos en Blois y los reu - nidos en otras ciudades por esta época nada legaron a la elocuencia y fueron igualmente estériles. Para encontrar elocuencia, es necesario buscarla en los diversos panfletos de los partidos, en las memorias e manifiestos publicados por Du Plessis-Mornai, en los discursos patrióticos de Du Fay, nieta de Lhopital, en la correspondencia y en las - proclamas de Henri IV. El "Anti-Espagnol", atribuido a - Antoine Arnauld, padre del gran Arnauld de Port Royal, en - cierra grandes bellezas. Aquí únicamente señalamos las ri - quezas de esas grandes piezas oratorias.

El monumento más notable de la elocuencia política

en el siglo XVI, está representado la "Satira Ménippé" que causó verdaderos trastornos a aquellos contra quienes se dirigió. Es natural que nos referimos al autor, Pierre Pithou, juriscónsul y erudito francés, originario de Troyes (1539) (1596) Fue hijo de un abogado muy notable, ya por herencia traía el brillo de su carrera. Hizo sus estudios en el colegio de Boncourt en París, donde tuvo por maestro a Adrien Turnèbe. Estudió derecho bajo la dirección de Cujas, en Bourges y en Valence, teniendo amistad íntima con su codiscípulo Loisel, se recibió de abogado a la edad de 21 años. Después de haber defendido algunas causas, prefirió, por natural timidez, el papel de abogado consultor, aspecto en que también triunfó, pues mereció el sobrenombre de "árbitro sabio". Por sus opiniones calvinistas se vio obligado a expatriarse lejos de los trastornos religiosos, fue a refugiarse al principado de Bouillon, donde se le encargó la tarea de redactar leyes apropiadas a esos lugares, mas tarde se trasladó a Bala donde dedicó sus esfuerzos a trabajos eruditos. A su retorno a Francia, escapó milagrosamente a la matanza de Saint-Barthélemy, convirtiéndose por este tiempo a la religión católica (1573) Nombrado juez de Tonnarre, y después procurador general cerca de la cámara de justicia establecida temporalmente en Guienne, se vio obligado a hablar en público y puso en dichos discursos tal solidez y tal concisión

sión que se consideran verdaderamente singulares para esa época. Tres años más tarde regresó a París y volvió a su despacho de consultas. En tiempo de la Ligue-- como hemos dicho anteriormente, fué fiel a Henri IV, y de acuerdo con sus amigos, Rapin, Passerat, Gillot, Florent Chrétien, lanzó su famosa Satire. También prestó otro servicio al rey, cuando publicó una "Mémoire aux évêques", en la cual les demostraba que podían levantar la excomunióñ por su propia autoridad y sin tener que dirigirse al Santo Padre. Cuando entró Enrique IV a París lo nombró procurador general del Parlamento al cual instaló provisionalmente. Pithou-- mantuvo este cargo el tiempo rigurosamente necesario volviendo a sus trabajos y a su retiro.

Algunas obras de Pierre Pithou: Libertés de l'Eglise gallicane (1594).-- Raisons par lesquelles les évêques de France ont pu donner l'absolution à Henri de Bourbon (1593) Commentaires sur les coutumes de Troyes.-- En la SATIRE, se le atribuye principalmente la arenga del civil Daubray, orador del tercer estado, sobre las desgracias de la Patria. Bibliografía .-- Hermanos Haag: La France Protestante.-- Nicoron: Memoires.-- Grosley: Vie de Pierre Pithou, avec quelques mémoires sur ses frères.-- Dupin aîné: Introduction à son édition des Libertés gallicanes.

El tratado de la "Servitude volontaire", escrito el

año de 1548 por el amigo de Montaigne, Etienne La Boétie, es una declamación calurosa en la cual podemos encontrar algunos destellos de verdadera elocuencia. Feugère publicó las obras completas de ese escritor, elocuente prosista y poeta distinguido en francés y en latín. Es indiscutible que sus diversas obras esparcidas merecen ser recogidas por la posteridad.

En el libro que publicó Ch. Labitte, sobre los predicadores de la Liga, encontramos detalles muy curiosos. Por otra parte observamos que la predicación católica no dejó otras obras que merezcan el aprecio de la posteridad y si algo se ha de decir será sobre las declamaciones apasionadas de Boucher a Porthaise

Durante la primera mitad del siglo XVII, la elocuencia política se desenvolvió con cierto vigor en los estados generales de 1614, donde se distinguieron el cardenal Du Ferren y Rechelieu, por aquel tiempo modesto obispo de Luçon. Por lo que se refiere a esta parte debemos hacer mención de la memoria de Poirson, que contiene las alocuciones más importantes pronunciadas en esa asamblea donde los tres órdenes del reino se reunieron durante la minoría de Luis XIII.

Tedavía encontramos algunos rastros en la época de

año de 1548 por el amigo de Montaigne, Etienne La Boétie, es una declamación calurosa en la cual podemos encontrar algunos destellos de verdadera elocuencia. Feugère publicó las obras completas de ese escritor, elocuente prosista y poeta distinguido en francés y en latín. Es indiscutible que sus diversas obras esparcidas merecen ser recogidas por la posteridad.

En el libro que publicó Ch. Labitte, sobre los predicadores de la Liga, encontramos detalles muy curiosos. Por otra parte observamos que la predicación católica no dejó otras obras que merezcan el aprecio de la posteridad y si algo se ha de decir será sobre las declamaciones apasionadas de Baucher a Porthaise

Durante la primera mitad del siglo XVII, la elocuencia política se desenvolvió con cierto vigor en los estados generales de 1614, donde se distinguieron el cardenal Du Ferren y Rechelieu, por aquel tiempo modesto obispo de Luçon. Por lo que se refiere a esta parte debemos hacer mención de la memoria de Poirson, que contiene las alocuciones más importantes pronunciadas en esa asamblea donde los tres órdenes del reino se reunieron durante la minoría de Luis XIII.

Tedavía encontramos algunos rastros en la época de

la Fronde , al menos en las MEMOIRES del cardenal de Retz, el cual sin duda embelleció lo que el creyó reproducir.

La elocuencia religiosa durante este periodo cuenta con notables oradores, siendo el más destacado, sin duda FRANCIS DE SALES: Este santo y notable orador nació en el castillo de Sales , cerca de Annecy (antiguamente formaba parte del ducado de Saboya), no nació en suelo Francés; pero lo fué siempre por su idioma y sobre todo por el corazón , como dice uno de sus biógrafos. Estudió en Paris con los Jesuitas, más tarde se trasladó a Padua para seguir algunos cursos en la escuela de derecho, contra su propia vocación, ya que su carácter se inclinaba a los estudios de teología y aun más a la carrera eclesiástica mas cediendo a los deseos de su familia volvió a su país a dedicarse a la profesión de abogado en Chambéry. Por dos ocasiones rechazó la dignidad de senador y pudo lograr de su padre, en 1595, el permiso para dedicarse a la carrera eclesiástica. Pronto se dió a conocer como un predicador admirable. Encargado de intentar la conversión del sucesor de Calvino, el célebre Bèze, tuvo con él algunas conferencias que no condujeron al fin que se intentaba.- Ya por el año de 1602 retornó a Paris donde predicó con tal vehemencia que se conquistó la admiración de la corte y fué designado ~~abispado~~ coadjutor en el obispado de

Genève. La residencia fué trasladada a Annecy, lugar don-
de residió. De tal manera estaba unido a este lugar, que -
quizo dejarlo aun cuando le ofrecieron en distintas ocasio-
nes brillantes posiciones en otros lugares. Con motivo de
su ejemplar virtud, de sus admirables sermones y de sus -
notables escritos, su reputación iba en creciente por to-
da Francia. Su obra más importante, la INTRODUCCION A LA
VIE DEVOTE, publicada en 1608 llegó a alcanzar durante su
vida cuarenta ediciones. Fundó en su ciudad natal diversas
abadias.

En las controversias religiosas tan frecuentes en
esta época, Francisco de Sales adoptó el partido seguido
por los Jesuitas contra los Jansenistas; rechazó las doc-
trinas rigurosas de la predestinación. Nuevamente en París
en 1608, en ocasión del proyectado matrimonio de duque de
Saboya con Cristina de Francia, se vió envuelto en la más
ardua empresa, o sea la de predicar en multitud de luga-
res los más brillantes sermones que haya podido reproducir
un predicador. Cansado ya por los trabajos del episcopado,
se retiró a terminar su gemplar vida.

Dentro de la elocuencia religiosa debemos citar
al obispo de Belley, amigo de San Francisco, a Camus, u-
no de los escritores más fecundos; a otro santo: Vincent
de Paul del que ha dicho un escritor: Todo en este san-

to respira frescura y gracia, todo dilata el corazón en esas páginas donde la austeridad del cristianismo, jamás atenuada, está dulcificada por la suavidad del lenguaje" "Como orador se levó a la más alta elocuencia apelando a la compasión de los ricos hacia aquellos niños desamparados! Continuando la enumeración citaremos a Jean de Lingendes, del que se han conservado algunos rasgos felices, y al padre Desmares, y por último al padre André que se distinguió por el género original aunque poco -- digno para la cátedra sagrada, nos referimos al empleo en la predicación de las llamadas "saillies piquantes"

La barra en tiempo de Luis XIII cuenta con los siguientes oradores: Louis Servin, magistrado francés (1555 -1626) Fue abogado general en el parlamento de Paris en tiempos del rey Enrique IV y de Luis XIII, finalmente. Mostró un gran celo por las prerrogativas del trono, los intereses del Estado y los derechos de la Iglesia galicana. No puede negarse que sus discursos adolecen del defecto tan frecuente en aquella época : estan plagados de inútiles citas de erudición. La bibliografía que hemos encontrado sobre este orador es la siguiente: Moréri: Grand Dictionnaire historique. Dupin:-- Louis Servin. Se citan con frecuencia unos versos en latin, cuyo autor es un testigo ocular de la extraña muerte de Servin, el autor es el consejero Bouquier. Los versos son los siguientes:

Servinum una dies pro libertate loquentem
vidit, et oppressa pro libertate cadentem

Otro orador que dió lustre a la barra fué Omer-Talon abogado general; Antoine Lemaitre también puede inscribirse en esta lista, existiendo el caso curioso por demás de la meteórica carrera de este orador, ascendió pronto y prematuramente también se alejó de las caricias de la gloria a Port Royal. Terminamos esta época con Patru.-

O mejor con: Olivier Patru. (1604-1681).-Fué educado por su madre, viuda de un rico procurador. A la edad de 19 años, viajó por Italia donde acentuó ese gusto por la forma literaria. Se inició en los azares de la barra poco después que regresó de este viaje, se distinguió por aquella elegancia y aquella corrección tan poco acostumbradas para aquellas épocas. Escribiendo con la misma lentitud que acostumbró Malherbe, se pasaba años puliendo limando verdaderamente el estilo de sus alegatos, por lo que Daguesseau no tuvo reparo en decir que esos alegatos eran muy secos; Patru fué, con Balzac, Vaugelas y D'Ablancourt, uno de los reformadores y maestros del idioma. Por esta circunstancia se decía que no iba a los tribunales para resolver asuntos propios de un jurisconsulto, sino para resolver problemas del idioma. Por lo que podemos decir que no se distinguió como jurisconsulto. Fué re-

cibido en la Academia de la lengua el año de 1640, y presentó un discurso de recepción tan brillante, que se estatuyó para el porvenir la obligación de presentar un discurso ~~receptor~~ ^{receptor} para todos aquellos que en lo ~~porvenir~~ ^{future} fueran admitidos como académicos. Sus juicios sobre materia tan importante como lo es el idioma gozaron de gran autoridad, aunque es curioso saber que aconsejó a Boileau que no hiciera su " Art poétique" y a La Fontaine que no compusiera "FABLES" por considerar que esas obras pudieran prestarse muy poco a los ornamentos de la poesía.

TERCERA EPOCA

Siglo XVII.- Siglo de Luis XIV.-Elocuencia Sagrada.-

Los grandes oradores: Bossuet, Boudaloue, Fénelon,
Massillon.

La historia de la elocuencia en muchas ocasiones no puede detenerse en aquellos hombres que por la naturaleza del género que cultivaron no pueden ser agrupados en el rango de los oradores o de aquellos que buscaron por senderos próximos, los bellos y fogosos lugares en que la elocución se viste con las galas de la elocuencia. Mas - quien puede negar a Pascal, con sus Pensées, por ejemplo, y a Fénelon con sus Mémoires, un lugar en estos sillares?

Es imposible pasar en silencio las "Provinciales" sus palabras sobre el homicidio y sobre la calumnia sólo pueden compararse por su elevación oratoria, a los más brillantes monumentos de la elocuencia. No juzgamos la veracidad de las cartas, pues ya el mismo Voltaire reconoció la falsedad de las acusaciones encerradas en ellas. "Bon sécs" àn Pascal, ofrece en esos bellos fragmentos,

momentos de un clima que conmueve a pesar del tiempo. En la emoción que despiertan corre un hálito impregnado de temor religioso y de profunda y misteriosa emoción.

Pellison es otro de los dos escritores que consideramos aquí. (1624-1693) Paul Pellison.- Hijo de una familia protestante estudió derecho en Toulouse y regresó después a Paris donde se hizo amigo de Conrat. Compró un cargo de secretario del rey, allí estuvo bajo las órdenes de Fouquet. Caido en desgracia ante el ministro del que se mostró decidido defensor, fué arrestado y enviado a la Bastilla, corria el año de 1661.

Los dos "Discours au roi" y la "Mémoire" que escribió en su prisión en favor de Fouquet, no produjeron el resultado deseado, pues irritaron grandemente al rey Luis XIV. Los citados escritos, son sus mejores obras. Están compuestos con método, con gran claridad y carecen de inútiles digresiones, poseen un estilo noble y con frecuencia patético, tienen uno de los primeros lugares en la elocuencia judicial del siglo XVII. La lectura de ellos es agradable aun en aquellas materias que llamaremos financieras. Pero también se encuentra en ellos, junto a las negligencias y a las incorrecciones una elegancia muy estudiada, un cuidado exagerado en el estilo, que quiere ser

noble y un cuidado en el adorno que hace presumir al retórico. Ayudado por la influencia de algunos amigos poderosos fué puesto en libertad. Recomendamos el "Eloge de Pellison" por Fénelon.

El reinado de Luis XIV tuvo la gloria de haber escuchado en maravillosa sucesión a los grandes oradores cristianos que ocuparon la sagrada cátedra sin interrupción durante más de 60 años. BOSSUET, BOURDALOUE, FENELON, FLECHIER, MASSILLON, no dejaron languidecer la admiración pública. Bourdaloue sucedió a Bossuet, cuando este abandonó la cátedra por los cuidados del preceptorado y de su diócesis, y Massillon empuñó el cetro cuando se apagó la brillante elocuencia de Bourdaloue.

Ante esos eminentes predicadores tenemos a Lingendes que había entrevisto la verdadera elocuencia religiosa; a Mascaron obispo de Tulle, que habiase distinguido en el púlpito, pero que pago tributo a l mal gusto hasta que el ejemplo de los maestros le enseñó a sacrificar los adornos afectados. Entonces compuso la oración fúnebre de Turenne, su mejor obra.

Tócanos ya hablar de BOSSUET con la extensión que nos es permitida, ya que no sería posible pasar por alto una figura tan importante en el género que nos ocupa.

Estudió con los Jesuitas hasta la edad de quince años, con quienes se hizo ya célebre por su prodigiosa memoria, su aptitud para toda clase de estudios y por su dedicación al trabajo. Su tío bajo cuya dirección estaba, dirigió hacia la religión su amor al estudio, y fué entonces cuando el joven Bossuet tuvo, en la lectura apasionada de la Biblia, conciencia firme de su vocación. A pesar de los esfuerzos de los Jesuitas para retenerlo, sus padres, obedeciendo a una tradición de familia, lo enviaron a París en 1642- para que cursara filosofía en el colegio de Navarra, bajo la dirección del sabio y piadoso doctor Nicolas Cornet. En dicho colegio perfeccionó sus estudios clásicos y adquirió un conocimiento firme del griego y del latín familiarizándose con los monumentos literarios de esas dos lenguas, sin dejar de buscar en los libros santos un alimento apropiado al ardor de sus sentimientos religiosos. A los 16 años sostuvo Bossuet su primera tesis. Esta precocidad llamó la atención por lo que quisieron verlo y escucharlo y al efecto se organizó una reunión en la que se pidió al joven que improvisara un sermón. Su improvisación tuvo gran éxito. Seis años después, presentó Bossuet su tesis de teología, en presencia del vencedor de Rocroy, a quien estaba dedicada y de un gran número de cortesanos. Se dice que el gran Condé, recordando sus propios triunfos estudiantiles, tuvo la intención de entrar a la palestra en competencia con ese joven que parecía ser digno adversario

de él. Fué este el punto de partida de la estrecha amistad que los unió. Partió para Metz donde residió dos años y se preparó para la licenciatura, concursó y obtuvo los triunfos más halagadores (1650) aunque no obtuvo el primer lugar el cual fué otorgado a Rancé atendiendo a su noble cuna.

El año de 1652 lo encontramos ya ordenado sacerdote y graduado de doctor. Abrazó Bossuet las ideas y los deberes de su profesión con entusiasta ardor. Hizo sus primeras armas bajo la dirección amiga y venerada de Vincent de Paul, en las Conferencias de Saint-Lazare, y fué designado por él jefe de una misión de sacerdotes que fué enviada a Metz. en este lugar pasó seis años y sostuvo, entre los muchos trabajos que realizó, una controversia para negar lo afirmado por Paul Ferry, a saber: nadie puede salvarse dentro de la fé romana, Bossuet, por lo tanto, escribió la "Refutation du catéchisme de Paul Ferry, y lo hizo con tal mesura que se captó la simpatía de aquel a quien refutaba.

En Paris, ya por el año de 1657 ignoró en el convento de Santo Tomás de Aquino aquella notable serie de éxitos oratorios que lo colocaron en el primer rango de la cátedra francesa. Esto llamó la atención de la reina-madre la cual lo hizo llamar a la corte, y Luis XIV después de haber escuchado el sermón de la capilla del Louvre

escribió al padre de Bossuet una felicitación por haber tenido un hijo tan admirable. Es esta la época de los "SERMONS" y de los PANEGYRIQUES. Los primeros dan testimonio de una maravillosa organización oratoria. Frutos maduros de una profunda meditación, unen en admirable acoplamiento la más alta autoridad que puede dar un profundo conocimiento del asunto tratado y de las fuentes cristianas, la verba, el movimiento, la vida, propias de la improvisación. Encuétrase en el sentimiento y en el acento un algo verdaderamente personal y nuevo, una mezcla inesperada de poder y de encanto; todos los Padres de la Iglesia reviven en el orador, y su fe tiene una gran inspiración manifiesta continuamente por efusiones e impulsos líricos. Lo que pareciera allí como abrupto, era encubierto por un raro talento de dicción y de acción oratoria que Bossuet, según algunos biógrafos había adquirido o desarrollado cuando asistía, en su juventud, a las representaciones de las obras maestras de Corneille. El PANEGYRIQUE, que trata Bossuet tan magistralmente como el sermón, es, en la literatura francesa, un género que casi le pertenece a él exclusivamente. El panegirico responde más adecuadamente a las condiciones de la elocuencia cristiana que la oración fúnebre, el elogio de las virtudes y de los méritos de los santos no expone al orador a perderse en los vericuetos de la adulación.

Bossuet hace volver a muchos miembros de la corte al seno de la Iglesia: Turenne, el apóstol más ilustre de la herejía depones sus armas y se pasa al campo del catolicismo, al escuchar esa exposición clara y precisa de la fe, destruyendo implacablemente todo motivo real de disenso; reduce a Claude, mediante una argumentación firme y acabada, al silencio o a la contradicción; confunde las insolentes predicciones de Jurieu; finalmente, intenta al igual que Leibnitz, reunir en un solo cuerpo a todos los miembros dispersos de la gran familia cristiana. Esta es en síntesis su gran obra en el campo de la herejía.

En el seno de la Iglesia Católica, como lo hemos visto, es un predicador admirable del dogma y de la moral cristiana, demuestra lo que debe entenderse y conocerse claramente para alcanzar la salvación eterna; rechaza con igual energía la moral exagerada de los doctores que hacen odiar la virtud, y la de los casuistas cuyos relajamientos y una culpable complacencia, excusan el vicio y hacen más ancha y torcida la estrecha y recta vía que conduce al cielo; finalmente, combate el quietismo, que podía llevar, bajo las apariencias de una perfección imposible, los gérmenes inaceptables de un deísmo místico. Orador, teólogo, filósofo, historiador, infatigable atleta que acumula obras maestras sin querer y casi sin intentarlo; comunica

a todo lo que toca el aliento prodigioso de su genio. En la cátedra cristiana, hace escuchar sus acentos inauditos los cuales sólo se extinguirán con su propia vida. En la historia, en la filosofía, muestra siempre la misma altura.

Nunca hizo Bossuet algo que satisficiera su propio egoismo ni la gloria humana; nunca escribió por el solo objeto de escribir, sino para obrar; todos sus escritos son acciones, y sus acciones, el cumplimiento de un deber. No es posible imaginárselo intentando el solo hecho de ser historiador o filósofo. Sus obras son actos que dan testimonio del ejercicio de sus funciones: predica, porque es sacerdote; enseña, porque es preceptor; combate, porque es creyente. El autor no es distinto del hombre; su vida, sus obras, se confunden. Las palabras nada son para él: su estilo—que en él es maravilloso, es el orden, por que es el encadenamiento, el vigor, el cuerpo mismo del pensamiento que sale armado perfectamente de su cerebro. — En d ne podremos encontrar semejante identidad entre el pensamiento y el idioma? Donde podremos encontrar un escritor que no guarde ciertas complacencias hacia las palabras, que no se detenga a ajustarlas, a adornarlas? C al es el que—aun entre aquellos que quieren pasar desapercibidos—que no deja verse? En otros descubriréis el esfuerzo; en

Bossuet sólo se admira la fuerza. Para unos, el lenguaje es un vestido, para otros un adorno; algunos lo consideran como una substancia; en Bossuet, es el pensamiento visible y desnudo.

Parece que se recurre a la declamación cuando se dice de Bossuet, que es más que un orador, la encarnación misma de la elocuencia; y no obstante, si se compara la idea de la elocuencia y los discursos de Bossuet, llega uno a la conclusión que se ha empleado acertadamente la expresión antes citada, y que esta expresión es sencilla y veraz.

Si revisamos el concepto, que hemos expuesto al iniciar este trabajo, que se refiere a la elocuencia observaremos que hemos dicho que es la producción animada, simple, enérgica, soberana, de la pasión y de la razón humanas. Acaso, el lenguaje empleado por Bossuet, es de otra índole? No se observa diáfananamente que es la razón y la pasión manifestadas sin esfuerzo y mediante un movimiento continuo? No es pues un tropo inútil la expresión que declara que Bossuet es la expresión acabada de la elocuencia.

Tenemos ya, por lo tanto los suficientes argumentos para declarar que Bossuet es más que un teólogo: las luces y los misterios de la teología se han incorporado a su inteligencia; no desconoce la doctrina, y tiene conc-

cimiento exacto de los hechos y de su significación. No solamente los conoce sino que dispone de ellos libremente como cosa propia: la Biblia está allí con el evangelio con los Padres, con los concilios; todo está en él como en un libro, y ese libro está siempre abierto a los ojos de su espíritu. Con toda razón podemos decir entonces que Bossuet es la expresión acabada de la teología.

Con mucha razón se ha dicho que la elocuencia y la teología son la síntesis de la obra de Bossuet: pues, cualquiera que sea el asunto que aborde, se mostrará siempre teólogo y orador. Si se trata de la historia; la historia será en sus manos un discurso teológico.

No es Bossuet el primer historiador que trate de explicar a los hombres su actuación como fruto de los designios de Dios. Moisés relata de esa misma manera sus anales al pueblo judío; la historia de las cruzadas es teológica; la polémica de los puritanos y de los liguistas es teológica: pero este aspecto queda limitado a una esfera más o menos estrecha; lo original de Bossuet, es la universalidad, es el concurso del género humano en pro de los designios de la Providencia.

Observando desde las alturas en que se coloca para -

considerar la historia, los imperios para él solo son los individuos, y los destinos de esos individuos no son más - que escenas o actos de un drama único que se inicia con - el nacimiento de Cristo y la redención del género humano. El prólogo, es la creación; la exposición, la caída del hombre; el nudo, la dispersión de los hombres, los progresos de la idolatría, y la permanencia del pueblo de Dios; la peripecia, la corrupción y el ocaso del mundo idólatra; el desenlace, el advenimiento del salvador y el triunfo de su doctrina.

Bibliografía.- Entre las obras maestras de Bossuet, citaremos, además de las ya citadas, las siguientes: Discours sur l'Histoire universelle. - Oraisons funèbres de la reina de Inglaterra, de la duquesa de Orléans, del príncipe de Condé, los PENSEES SUR LA COMEDIE.- Elévations sur les mystères .- Méditations sur l'Évangile.

Fléchier.-(1632-1710).-Fléchier predicó durante mucho tiempo con gran mérito y brillantez en la capital y en la corte. Su armoniosa elocuencia encantaba a sus oyentes; algunos contemporáneos han dicho con cierta razón que era igual que Bossuet. Su discurso más célebre es la "Oraison funèbre de Turenne," igualmente bella en todas sus partes" decía Mme. de Sévigné, que tanto gustaba de las cosas bellas.

Tenia Fléchier 54 años cuando fué nombrado por Luis XIV obispo de Lavaur. Este gran señor sabía premiar a aquellos que lo merecían, y se cuenta que dijo a Fléchier poco más o menos las siguientes palabras: Os he hecho esperar un lugar que tanto mereceis durante mucho tiempo, pues no quería privarme tan pronto del placer de escucharos. Transferido a Nîmes dos años después gozó de un largo y glorioso episcopado. El nombre de Fléchier fué muy popular en aquella ciudad y así pasó a la posteridad, al igual que el de Fénelon en Cambrai.

Pequeña bibliografía: Histoire de Théodose.-Mémoires sur les grands jouré d'Auvergne. Sobre el autor: Ch. Labitte: La Jeunesse de Fléchier. (Revue des Deux Mondes, 15 de mayo de 1845). D'Alembert: Histoire des membres de l'Académie .

BOURDALOUE.--(1632-1704).--Sucedió a Bossuet como predicador, y sus triunfos sobrepasaron quizáa los de su ilustre antecesor. Sus sermones eran la sensación de la ciudad; y este entusiasmo para escucharlo habla claramente en favor de su genio, pues siemore intentò alejarse de aquellos medics que lo llevaran a gradar por el simple hecho de agradar, ni acudiò a la pasiòn, por lo mismo, ni a los artificics del lenguaje. La severidad de su estilo iguala al rigor de su razonamiento. La maestria de Bourda-

loue se muestra completamente en la autoridad de la verdad y de la lógica. Es de admirarce la fecundidad y los recursos de su talento inagotable, ya que tenia el don de dar - nueva vida, de renovar cualquier asunto ahondándolo con maravillosa profundidad. De este orador nos quedan varios - sermones, el de la Pasión por ejemplo; si se les considera aisladamente, el asunto parece agotado en cada uno de ellos si se comparan entre sí, apreciaremos que ninguno de ellos es repetición del otro. Bourdaloue perteneció a la orden de los Jesuitas. Compuso oraciones y panegíricos, pero donde se concierne el esplendor de su fama es precisamente en sus SERMONS.

François de Salignac de la Mothe-Fénelon.--(1651-1715) empleó su genio en convencer y conmover. La palabra es para él un instrumento y no un fin; posee aquella unción. aquella abundancia y esa naturalidad propia de los Padres de la Iglesia; nada puede encontrarse comparable a la majestuosa sencillez, a la noble inspiración de su lenguaje. Predicó sin contarlos, los tesoros de su alma. No obstante los diversos intentos, es creíble que aun no haya sido posible reunir todos los sermones que improvisó, después de una severa meditación. Su mayor predilección consistía en abandonarse confiadamente a la inspiración que animaba su espíritu de caridad, y esta santa confianza confería

a sus palabras gran prestancia y autoridad. Los sermones de Fénelon sobre Le Sacre de l'éveque de Cologne y sobre La Fête de L'Epiphanie - son modelos de elocuencia noble y familiar; son testimonio de su temperamento amable, el más sencillo y más felizmente dotado que se halla producido en esta brillante época. No se trata de la sublimidad de Bossuet, menos aun del vigor de Bourdaloue, sino de algo inexplicable y sublime, pleno de pureza y de insinuación que conmueve a las almas, las anima de un fuego indescriptible y las penetra como esa luz purísima que inunda a los bienaventurados de los campos Eliseos cuya -- descripción en el "Télémaque" es una de las obras maestras de la lengua francesa.

Jean Baptiste Massillon.--(1663--1743).--Es el digno continuador de los grandes maestros de este siglo; su elocuencia consoló la ancianidad de Luis XIV e instruyó la infancia de Luis XV. Los discursos de Massillon descurren todos los misterios del corazón humano. Ningún secreto se oculta a la penetración del moralista, poniéndonos un plazo y una medida para curar las plagas del alma, después - de mostrárnoslas. Cuán elocuentes fueron estas lecciones para los depositarios del poder y de las riquezas; cuántos consuelos para los que sufren en la humildad de su condición! Se ha reprochado a Massillon el empleo de abundan-

tes desarrollos los cuales relajan el tejido de su estilo pero esa abundancia tiene de común con la de Cicerón, no repetir tales desarrollos.

Pequeña bibliografía Grand et Petit Carême.

Sermones: Le petit nombre des élus.-La mort.-La mort du juste et du pécheur.

Cheminais.--(1652-1689) Anterior a Massillon, gozó de gran celebridad. Sus sermones, llenos de unción y de elegancia, hicieron que fuera llamado por sus contemporáneos el "Racine del pùlpito" La debilidad de su salud fué un gran obstáculo para que su talento alcanzara la gloria a que tenía derecho, murió prematuramente. El padre La Rue (1643-1725).-de la orden de los Jesuitas, no es indigno de acompañar a los grandes oradores de esta época. Sus cualidades residen en la intensidad del estudio y en lo patético. Alcanzó grandes alturas en sus oraciones fùnebras.

Entre los predicadores protestantes pueden citarse dos oradores: Claude y Saurin. Este último se distinguió por la austeridad de sus sermones en los que encontramos un lenguaje correcto y gran energía en los pensamientos. La cátedra protestante careció de un elemento: lo patético, elemento que proporcionó gran poder a la elocuencia de los predicadores católicos.

CUARTA EPOCA

Siglo XVIII.- La elocuencia Judicial.-La elocuencia aca -
démica.- La elocuencia política.

En la cuarta época observamos que la elocuencia re-
ligiosa sigue el mismo camino que las creencias, en esta-
época la elocuencia religiosa se debilitó, por decirlo a-
sí; en cambio la elocuencia judicial se depura y se for -
talece, la elocuencia académica, mejor aplicada, toma --
nuevos alientos, y finalmente la elocuencia política, que
nació en la libertad que proclamaban los espíritus brilló
también con gran poder.

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA.-Únicamente nos permitiremos
una enumeración, ya que los sucesores de Bossuet, de Bour-
daloue y de Massillon solo alcanzaron una celebridad pasa-
jera: admirados en su época , hoy solo conocemos sus nom -
bres y ya nadie los lee.

El padre Neuville imita a Massillon como Campistron
imitó a Racine. Discípulo dócil y atento, mas sin genio, -

imitò la forma del maestro sin poder reproducir sus grandes cualidades. Hablaremos ahora del abad Poulle.--(1711-1781).-- estaba dotado de una brillante imaginación por lo que en sus discursos encontramos exuberancia de pompa y muy poca sensibilidad y profundidad en sus discursos. Se cuenta como un anécdota curioso que componía sin escribir, y que su prodigiosa memoria conservaba lo compuesto como si estuviera escrito. Ya en el lecho de muerte, y a instancias de Delille fué convencido para que dictara sus sermones. Por esta época nos encontramos también al abad de BOISMONT el cual tuvo una gran reputación, reputación que la lectura de sus sermones no justifica por completo; no puede negarse que posee vehemencia y brillantez, pero tiene poco gusto y ningún método.

El abad Maury, escribió un notable "Panégyrique de saint Vincent de Paul", fué un célebre predicador y además elocuente, conservó en su "Traité de l'éloquence de la chaire" un admirable exordio del misionero Bridaine, el único orador de esta época cuya palabra fué verdaderamente elocuente, y sobre todo evangélica.

LA ELOCUENCIA JUDICIAL.-- El siglo XVIII es una de las más brillantes épocas de la elocuencia judicial. El mal gusto que dominaba en los litigantes de épocas prece-

dentes desapareció por completo: se supo guardar una admirable concordancia entre los asuntos que se trataban y el tono del discurso; el énfasis y el pedantismo tradicional se excluyeron. La barra se honra con los nombres de Cochin, de Lenormand, de Gerbier- el cual fué considerado por sus contemporáneos como un modelo de perfección oratoria.-El estrado cita con orgullo a DAGUESSEAU (Henri François).-(1668-1751)Corregía con gran frecuencia sus discursos lo que daba lugar a eliminar las bellezas que contenían y que habían sido fruto del calor de la improvisación. Se acostumbró llamarlo el "Massillon de la barra" Citaremos para terminar, un juicio de Villemain sobre Daguesseau:-- No hay quizá un nombre que merezca con toda justicia la admiración de sus compatriotas que el del canciller Daguesseau; gran magistrado, ministro íntegro y virtuoso, sabio profundo, orador célebre, ha reunido los más preciados títulos de la ilustración".

No debemos olvidar a La Châtaignais, ni a Malcsherbés. Los jurisconsultos encontraron rivales en algunos hombres eminentes, los cuales se encontraron mezclados de una manera accidental en los debates judiciales. Voltaire fué elocuente en la defensa de Calas y de Sirven. Las memorias que publicó Beaunarchais para su propia defensa pusieron en ridículo a sus adversarios y aun se leen, no obstante-

que ya carece de importancia el fondo del debate, por la picante vivacidad de la discusión y la alegría incisiva de las burlas. Su gloria es real, y las memorias son verdaderas comedias que hicieron reír a toda Francia, con excepción del consejero Goetzman y de Maupeou.

El conde de Lally-Tollendal ha recordado el patetismo de los antiguos oradores en las memorias que publicó para obtener la rehabilitación de su padre que había sido condenado injustamente. J.J. Rousseau realizó una obra maestra de apasionada dialéctica y de incisiva elocuencia cuando defendió su obra EMILE contra la orden del virtuoso arzobispo de Paris, Christophe De Beaumont.

LA ELOCUENCIA ACADEMICA.-Durante el siglo XVIII. la costumbre de consagrar mediante un elogio póstumo la memoria de los sabios que formaban parte de la Academia de Ciencias constituyó un género de elocuencia que puede considerarse colocado entre la oración fúnebre y la historia, aunque menos pomposo que los panegíricos cristianos, es menos impasible que la historia. Fontenelle, que desempeñó durante cerca de cuarenta años las funciones de secretario perpetuo de La Academia, dió los primeros modelos de este género intermedio, al cual Dalember y Condorcet proporcionaron la severidad que necesitaba. Los concursos convocados por la Academia Francesa y los discursos de recepción de --

los que por primera vez ingresaban a ella, así como las respuestas a esos discursos, crearon la elocuencia académica. Por el siglo XVIII se siguió como costumbre proponer un tema para alcanzar el premio instituido por Balzac, este tema podía ser un lugar común de moral, o el elogio de una de las virtudes del rey. Más tarde se salió de aquel círculo de declamaciones y de adulaciones para honrar la memoria de aquellos hombres que se habían distinguido por sus virtudes o por su genio. Corría el año de 1758 cuando la Academia abrió estos nuevos caminos a la elocuencia. Thomas y La Harpe, predestinados por sus brillantes triunfos universitarios a la elocuencia académica, entraron a esa liza, y compusieron dos elegios notables. Todavía se leen los que dieron a Thomas tantas palmas académicas. Podemos encontrar fuerza y elevación en las ideas de este retórico, pero su estilo es enfático y monótono. El "Eloge de Marc-Aurèle", obra en que los defectos citados se notan menos, pasa por obra maestra de este género propio del siglo XVIII. El "Essai sur les Eleges", que debía de servir de introducción a los discursos de Thomas, es un trabajo de crítica erataria de mucho mérito. La Harpe escribió con naturalidad y gran elegancia los "Eloges de Racine y de Catinat". El padre Guénard, jesuita, debe inscribirse entre los que triunfaron en este género, áigale su "Esprit philosophique" que es un modelo en este género. Garat, siguiendo las huellas de Tho-

nas alcanzórenombre con su "Eloge de Suger". El discurso de Buffon sobre el estilo pertenece a la elocuencia académica, y su respuesta a La Condamine puede pasar por el modelo de esos elogios que se acostumbra entre personas que viven - aun. Esta elocuencia de que hemos hablado ha descubierto es criterios notables, y el conjunto de los discursos que ha - producido no es una de las menores riquezas de ~~nuestra~~ ^{la} literatura francesa.

LA ELOCUENCIA POLITICA.-Comienza a esbozarse la elocuencia política en algunas páginas de "L'Esprit des lois" de Montesquieu y en los discursos de J.J. Rousseau sobre la influencia de las letras y sobre la INEGALITE DES CONDITIONS encuentra por fin esta elocuencia una grandiosa tribuna ~~en~~ mediante la convocatoria de los estados generales el año - que es una de las señales inolvidables de la historia, nos referimos al año de 1789. Entre los oradores que dió a conocer la asamblea constituyente, encontramos a MIRABEAU, al abad Maury y a Cazalès, los cuales supieron mantenerse a la altura que las circunstancias y su propia situación requerían. El tribuno, el sacerdote y el caballero están admirablemente representados por estos tres oradores, entre los cuales, indiscutiblemente, domina Mirabeau con toda la superioridad que tiene el genio sobre la inteligencia. No podemos olvidar en esta enumeración otro nombre ilustre - o sea a Barnave, que se atrevió a enfrentarse en cierta o-

casión al terrible Mirabeau. Precisamente para buscar la elocuencia de esos oradores, el lugar más apropiado son las sesiones de esas asambleas constituyentes, los cuales sacaban de la lucha y de la contradicción la parte más brillante de su fama. Considerado aisladamente cada uno de sus discursos, encontramos que disminuyen de valor. Mas por el efecto local que produjeron, en muchos casos igualaron y quizá sobrepasaron a algunos oradores de la antigüedad; no obstante, el defecto común que podemos atribuirles es el de no haber podido fijar con el arte de su estilo todo el fuego de la pasión que los animaba.

BIBLIOGRAFIA

Auteurs Français.	Léon Levrault
Retòrica	Alfonso Reyes
Retòrica y Poética	F. Monlau
Oradores Franceses	J. Alcalà
Etudes critiques	Jean Delaplane
Histoire abrégée des L.	J.M.J.A.
Historia de la literatura	P. Gener
Morceaux Choisis	R.Croyer
Les genres littéraires	R. Chatelain
Apuntes	E. Bouchout

Los textos que no aparecen en la presente lista están incluidos en el contexto del presente trabajo.

cates".- Estas últimas palabras recuerdan lo que dijo el P. La Rue de Fléchier: "L' amour de la politesse et de la justesse de style l'avait saisi dès ses premières études. Il ne sortait rien de sa plume, de sa bouche, même en conversation, qui ne fût travaillé; ses lettres et ses moindres billets avaient du nombre et de l'art. Il s'était une habitude et presque une nécessité de composer toutes ses paroles, et de les lier en cadence" Estimulado por sus amigos y por sus protectores nombrado lector del delfín por recomendación del duque de Montausier, dedicóse a la cátedra. Conquistó gran estimación por sus sermones; más no alcanzó la reputación que le proporcionaron sus oraciones fúnebres. La primera que pronunció fué la de Mme. de Montausier (1672), siguieron posteriormente la de Turena, la de la reina María Teresa, etc.

Fué designado obispo de Lavour en 1685, cundo ya su fama como orador estaba bien ganada. De este obispado fué -- transferido a la sede de Nimes en 1687 En esa segunda diócesis, logró con su amplio criterio de tolerancia y de caridad ganarse a un gran número de protestantes, los cuales con las medidas coercitivas ejercidas contra ellos estaban en contra de los ministros católicos y también eran adversos al gobierno de Luis XIV. Murió amado y estimado de todos. Como caso curioso debe decirse que el orador que había pronunciado tantas y tan célebres oraciones fúnebres no fué honrado con es-



ta postrer despedida; Fénelon, sin embargo, supo borrar este olvido con un solo elogio: "Nous avons perdu notre maître"

El juicio de Rollin sobre Fléchier termina nuestro estudio: "Ce qui domine dans Fléchier est une pureté de langage, une élégance de style, une richesse d'expressions brillantes et fleuries, une grande beauté de pensées, une vivacité d'imagination, et, ce qui en est une suite, un art merveilleux de peindre les objets et de les rendre comme sensibles et palpables. Mais il ne semble qu'on voit régner dans tous ses écrits une sorte de monotonie et d'uniformité. Presque partout mêmes tours, mêmes figures, mêmes manières. L'antithèse saisit presque toutes ses pensées et souvent les --- affaiblit en voulant les orner"

Esos elogios y esos reproches se han repetido más o menos por todos sus críticos en lo que se refiere a su arte oratorio. Desde Thomas cuando su famoso paralelo entre Fléchier y Bossuet, hasta aquellos críticos que como Villemain lo consideran "el Isócrates Francés". La oración más notable de Fléchier es la de Turena; en ella puede decirse que alcanza su mayor perfección. El exordio de esa oración es citado en los manuales de retórica como modelo por su armonía, por su carácter majestuoso y sombrío.

BOURDALOUE

Sucedió a Bossuet como predicador, y sus triunfos se

brepasaron quizás los de su ilustre antecesor. Sus sermones eran la sensación de la ciudad; y este entusiasmo para escucharlo habla claramente en favor de su genio, pues siempre intentó alejarse de aquellos medios que lo llevaran a agradar por el simple hecho de agradar, ni acudió a la pasión, por lo mismo, ni a los artificios del lenguaje. La severidad de su estilo iguala al rigor de su razonamiento. La maestría de Bourdaloue se muestra completamente en la autoridad de la verdad y de la lógica. Es de admirarse la fecundidad y los recursos de su talento inagotable, ya que tenía el don de dar nueva vida, de renovar cualquier asunto ahondándolo con maravillosa profundidad. De este orador nos quedan 85 sermones, el de la Pasión por ejemplo; si se los considera aisladamente, el asunto parece agotado en cada uno de ellos, si se comparan entre sí, apreciaremos que ninguno de ellos es repetición del otro. Bourdaloue perteneció a la orden de los jesuitas. Compuso oraciones y panegíricos, pero donde se conserva el esplendor de su fama es precisamente en sus SERMONES.

FENELON

Francisco de Salignac de la Mothe-Fénelon.-(1651-1715). Empleó su genio en convencer y conmover. La palabra es para él un instrumento y no un fin; posee aquella unción, aquella abundancia y aquella naturalidad propia de los Padres de la -

Iglesia; nada puede encontrarse comparable a la majestuosa sencillez, a la noble inspiración de su lenguaje. Prodigó -- sin contarlos, los tesoros de su alma. No obstante los diversos intentos, es creíble que aun no haya sido posible reunir todos los sermones que improvisó después de una severa meditación. Su mayor predilección consistía en abandonarse con -- fiadamente a la inspiración que animaba su espíritu de caridad, y esta santa confianza confería a sus palabras gran -- prestancia y autoridad. Los dos únicos sermones de Fénelon -- que conocemos sobre "La consagración del obispo de Colonia" y sobre "La fiesta de la Epifanía"-son modelos de elocuencia -- noble y familiar; son testimonio de su temperamento amable, -- el más sencillo y más felizmente dotado que se halla producido en esta brillante época. No se trata de la sublimidad de Bossuet, menos aún del vigor de Bourdaloue, sino de algo inexplicable y sublime, pleno de pureza y de insinuación que conmueve a las almas, las anima de un fuego indescriptible y -- las penetra a semejanza de esa luz purísima que inunda a los bienaventurados de los campos Elíseos cuya descripción en el TELEMACO es una de las obras maestras de la lengua francesa. En sus "Diálogos sobre la Elocuencia" (1718)-tenemos oportunidad de enterarnos de su opinión sobre este tema, dice por ejemplo: "En la oratoria la primera cualidad del discurso, como del pensamiento, es el orden, el orden íntimo, no el orden

aparent Por el orden riguroso, el orador alcanzará la unidad, que es la señal más importante de la belleza"- Analizando esta opinión vemos que se acerca más a Horacio y se aleja de Aristóteles. En él habla el hombre de gusto más bien que el teórico. Y si recomienda primeramente la sencillez, es porque piensa más en el efecto que va a producir que en los principios que deben conducir a ello; su gusto es el que lo hace hablar más que su razón. "Yo prefiero- nos dice -lo amable a lo sorprendente y a lo maravilloso" Fénelon se aproxima ya a los primeros románticos.

Juan Bautista MASSILLON.

(1663-1743).-Es el digno continuador de los grandes maestros de este siglo; su elocuencia consolidó la ancianidad de Luis XIV e instruyó la infancia de Luis XV. Los discursos de Massillon descubren todos los misterios del corazón humano. Ningún secreto se oculta a la penetración del moralista, poniéndonos un plazo y una medida para curar las llagas del alma,-- después de mostrarárnoslas. Cuán elocuentes fueron estas lecciones para los depositarios del poder y de las riquezas; -- cuántos consuelos para los que sufren en la humildad de su condición! Se ha reprochado a Massillon el empleo de abundantes desarrollos los cuales relajan el tejido del estilo;--

leerlos en el pùlpito que limitarse a la inspiración del momento: "Rassuré par son cahier- dice - le prédicateur n'en mettrait que plus de feu dans son débit; il ne risquerait pas de compromettre sa réputation devant la multitude, qui ne pardonne qu'avec peine dans la chaire évangélique un moment d'absence de mémoire" Esta regla no la siguió en muchas ocasiones, según testimonio de sus contemporáneos. Es notable su oración fùnebre a Bossuet, en ella muestra una gran perspicacia y una gran habilidad para expresar en una frase bien pulida todo el pensamiento que quiere guardar en ella. Por eso se le consideró entre los jesuitas de su época como el humanista más distinguido.

Entre los predicadores protestantes pueden citarse dos oradores: Claude y Saurin. Este último se distinguió por la austeridad de sus sermones en los que encontramos un lenguaje correcto y gran energía en los pensamientos. La cátedra protestante careció de un elemento: lo patético, elemento que proporcionó gran poder a la elocuencia de los predicadores católicos.

AMBIENTE HISTORICO Y LITERARIO DEL SIGLO XVIII.

Tres aspectos muy importantes influyen profundamente en la vida de este siglo, los cuales intervienen en el género literario que nos ocupa, proporcionándole nuevas modalidades:

- 1o-El desprestigio de la autoridad tradicional
- 2o-El progreso de la ciencia.
- 3o-El racionalismo.

1o-Progreso de las ciencias en el siglo XVIII.-Las ciencias cultivadas en Europa y en América con gran entusiasmo, logran rápidas y sorprendentes progresos. En matemáticas Francia está representada por Lagrange, D'Alembert, Clairaut, Condorcet, mientras que la escuela de Bâle produce a Euler y a la familia de los Bernouilli, de la cual sus dos primeros miembros pertenecen al siglo XVII. El primer astrónomo del siglo fué el inglés Guillermo Herschell (1738-1822) cuyas observaciones y trabajos preparaban el camino al francés Laplace. Si es verdad que no se realiza en física la aparición de una de esas grandes ideas que cambian la faz de una ciencia, si se realizan grandes progresos en cada una de sus ramas -- particulares. Se conocen los descubrimientos y las invenciones de Franklin y del abad Nollet, de los hermanos Montgolfier, del escocés Watt, etc. La química es fundada por Schee-

le, priestly y Lavoisier (1743-1794). En las ciencias naturales surgen Réamur, Lacépède, Linneo y Buffon. Lavoisier renueva también la fisiología. Jenner descubre la vacuna. Las exploraciones de los viajeros, Bougainville, Cook, La Pérouse, ayudan al progreso de las ciencias naturales.

A 2o-Desconocimiento de la autoridad tradicional.-Si el siglo XVI, dejó en Francia el recuerdo de grandes desórdenes, el XVII luchò por no volver a caer en ellos y al mismo tiempo logró que existiera una voluntad general de paz, útil para la prosperidad y la grandeza de Francia, y así fué. Mas en esta misma forma de vida estaba el géermen del cambio indispensable y necesario para una nueva vida. La Iglesia, columna de la vida del siglo XVII, comienza a debilitarse, las causas:

1o-Exageración en las controversias teológicas.

2o-Hipocresía en la devoción que la Corte manifiesta.

3o-Manifestaciones temporales del poder eclesiástico.

4o-Revocación del Edicto de Nantes.

Los resultados no dejaron de esperarse: descrédito de la Iglesia.

Consecuentemente la idea que funda el poder del rey - en la voluntad divina se debilita y se extingue cuando la guerra, el hambre, los impuestos injustos y los crímenes del reino lo hacen ya odioso. El pueblo no ve en ello más que la explotación de todos por un individuo. Por lo que se refiere a

la nobleza, su utilidad también se nulifica: es únicamente una situación para escapar a los impuestos. Con la muerte de Luis XIV, se inicia la decadencia de la Iglesia, de la nobleza y de la realeza, en una palabra: de todos los poderes del "ancien régime"

La aristocracia trata de reaccionar y con ese motivo se agrava más su situación, pues ya la burguesía tiene conciencia de su propio valer. La Iglesia es abandonada por la realeza y con esta división deja de contar, por esta ocasión, entre las grandes fuentes vitales de la nación.

30-El racionalismo.- El siglo XVII había conservado serenamente, en sus propios cauces, el principio de la AUTORIDAD DE LA RAZON. Mas con motivo del desajuste que trajo el nuevo orden de los acontecimientos, este principio, como un alud, invadió todos los campos de la sociedad. Con mucha razón se afirma que la fuerza de su penetración fué la que logró la lógica continuidad de los dos siglos: el 17 lo definió; el 18 lo desarrolló en todas direcciones. Si antes era juez soberano en un dominio circunscrito, la razón fué súbitamente juez soberano en todos los dominios- nada es intangible -aun la misma autoridad del rey.

Conviene que insistamos en esto, pues la destrucción del principio de la fé, trajo consigo el desconocimiento de la autoridad absoluta del rey y por consiguiente: la revolución

Esto explica, pues, el nacimiento y el apogeo de la ELOCUENCIA POLITICA en este siglo.

CUARTA EPOCA

Siglo XVIII.- La elocuencia judicial.- La elocuencia académica.- LA ELOCUENCIA POLITICA.

En la cuarta época observamos ya que la elocuencia religiosa sigue el mismo camino que las creencias, en esta época la elocuencia religiosa se debilita, por decirlo así; en cambio la elocuencia judicial se depura y se fortalece, la elocuencia académica, mejor aplicada, toma nuevos alientos, y finalmente la elocuencia política, que nació en las luchas -- por la libertad que proclamaban los espíritus, brilló también con gran poder.

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA.- Unicamente nos permitiremos una enumeración, ya que los sucesores de Bossuet, de Bourdaloue y de Massillon sólo alcanzaron una celebridad pasajera: admirados en su época, hoy sólo conocemos sus nombres ya que no es posible que guardemos para ellos la misma admiración.

El padre Neuville imita a Massillon como Campistron imitó

a Racine. Discípulo dócil y atento, aunque sin genio, imitó - la forma del maestro sin poder reproducir sus grandes cualidades.

LUIS POULLE.-(1711-1781).-Hablaremos también del a - bad Poulle. Estaba dotado de una brillante imaginación por lo que en sus discursos encontramos exuberancia de pompa y pocasensibilidad y profundidad en sus discursos. Se cuenta como - una anécdota curiosa que componía sin escribir, y que su prodigiosa memoria conservaba lo compuesto como si estuviera escrito. Ya en el lecho de muerte, y a instancias de Delille -- fué convencido para que dictara sus sermones.

No debemos olvidar que sus contemporáneos lo consideraron como un segundo Massillon y que otros lo igualaron a -- Bourdaloue. Hoy no podemos juzgarlo así, ya que desgraciada - mente sólo tenemos de él algunos escritos; no obstante eso, -- quisiéramos que su: "Exhortation faite à l'occasion d'une -- assemblée de charité en faveur des enfants trouvés;" fuera - leída por aquellos "críticos" que afirman dogmáticamente que - la oratoria sagrada, durante el siglo XVIII, desapareció por - COMPLETO.

Por esta época nos encontramos también al abad De -- BOISMONT el cual tuvo una gran reputación, reputación que no justifica la lectura de sus sermones; no puede negarse que -

posee vehemencia y brillantez, pero tiene poco gusto y carece de método.

Debemos recordar también al abad Maury, el cual fué - cardenal, pero en la historia ha conservado el título de abad. No interesándonos, por el momento, sus trabajos como escritor, debemos citar sus primeras piezas oratorias: Debemos referirnos entonces a la época en que acababa de ordenarse sacerdote: 1772. Este año pronunció ante la Academia el "Panegirico de San Luis", y en 1775 el "Panegirico de San Agustín" ante la asamblea del clero de Francia. Puede decirse sin temor a equivocarse que esos discursos le dieron entrada al recinto de los grandes oradores. Como hemos de citar nuevamente a este orador, terminaremos diciendo que la pieza oratoria que superó a todas las suyas, dentro de la elocuencia del pùlpito, fué su notable "panegirico de San Vicente de Paùl" en que muestra todo el gran poder de su elocuencia. Es también notable para la historia de la literatura, un trabajo que denominò: "Traité de l'éloquence de la chaire". A nosotros nos interesa porque en él conservò como ejemplo, un admirable exordio del misionero BRIDAINE, el único orador de esta época, al decir de los críticos, cuya palabra fué verdaderamente elocuente e indiscutiblemente evangélica.

LA ELOCUENCIA JUDICIAL

El siglo XVIII es una de las más brillantes épocas de la elocuencia judicial. El mal gusto que dominaba en los litigantes de épocas precedentes desapareció por completo: se supo guardar una admirable concordancia entre los asuntos que se trataban y el tono del discurso; el énfasis y el pedantismo tradicionales se excluyeron. La barra se honra con los nombres de Cochin, de Lenormand, de Gerbier - el cual fué considerado por sus contemporáneos como un modelo de perfección oratoria. El estrado cita con orgullo a Daguesseau -(Enrique Francisco).-(1668-1751).- Corregía con gran frecuencia sus discursos lo que daba lugar a eliminar las bellezas que contenían y que habían sido fruto del calor de la improvisación. Se acostumbró a llamarlo el "Massillon de la barra". Citaremos para terminar, un juicio de Villemain sobre Daguesseau: "No hay quizá un nombre que merezca con toda justicia la admiración de sus compatriotas que el del canciller Daguesseau; gran magistrado, ministro íntegro y virtuoso, sabio profundo, orador célebre, ha reunido los más preciados títulos de la ilustración"

No debemos olvidar a La CHALOTAIS, ni a MALESHERBES.-- Los jurisconsultos encontraron rivales en algunos hombres eminentes, los cuales estuvieron mezclados de una manera accidental en los debates judiciales. Voltaire fué elocuente en la defensa de Calas y de Sirven. Las memorias que publicó Beaumarchais para su propia defensa pusieron en ridículo a sus adversa

rios y aun se lean, no obstante que ya carece de importancia el fondo del debate, por la picante vivacidad de la discusión y la alegría incisiva de las burlas. Su gloria es real, y las memorias son verdaderas comedias que hicieron reír a toda -- Francia, con excepción del consejero Goezman y de Maupeou.

Todas estas citas que hacemos demuestran la calidad de los personajes contra los cuales, los oradores, tuvieron que competir en muchas ocasiones para conservar el destacado lugar que en la admiración de sus conciudadanos habían conquistado: El conde de Lally-Tollendal hizo recordar el patetismo de los antiguos oradores en las memorias que publicó para obtener la rehabilitación de su padre que había sido -- condenado injustamente, J.J. Rousseau realizó una obra maestra de apasionada dialéctica y de incisiva elocuencia cuando defendió su obra "EMILIO" contra la orden del virtuoso arzobispo de Paris, CRISTOBAL DE BEAUMONT.

LA ELOCUENCIA ACADEMICA

Durante el siglo XVIII, la costumbre de consagrar mediante un elogio póstumo la memoria de los sabios que formaban parte de la Academia de Ciencias, constituyó un género de elocuencia que puede considerarse colocado entre la oratoria fúnebre y la historia; aunque menos pomposo que los panegiri-

cos cristianos, es menos impasible que la historia.

Fontenelle, que desempeñò durante cerca de cuarenta años las funciones de secretario perpetuo de la Academia, diò los primeros modelos de este género intermedio, ^{al} cual Dalembert y Condorcet proporcionaron la severidad que necesitaba. Los concursos convocados por la Academia Francesa y los discursos de recepciòn de los ^{que} por primera vez ingresaban a ella, así como las respuestas a esos discursos, crearon la Elocuencia Académica. Por el siglo XVIII se siguiò como costumbre proponer un tema para alcanzar el premio instituido por Balzac, este tema podìa ser un lugar comùn de moral, o el elogio de una de las virtudes del rey. Màs tarde se saliò de aquél círculo de declamaciones y de adulaciones para honrar la memoria de aquellos hombres que se habían distinguido por sus virtudes o por su genio. Corria el año de 1758, cuando la Academia abriò estos nuevos caminos a la elocuencia. Thomas y La Harpe, predeterminados por sus brillantes triunfos iniversitarios a la elocuencia académica, entraron a esa liza, y compusieron dos elogios notables. Todavía se leen los que dieron a Thomas tantas palmas académicas. Podemos encontrar fuerza y elevaciòn en las ideas de este retòrico, pero su estilo es enfático y monòtono. El "Elogio de Marco Aurelio", obra en que los defectos citados se notan menos, pasa por obra maestra de este género propio del siglo XVIII. El "Ensayo sobre los Elogios", que debìa de servir de introducciòn a los discursos de Thomas, es -

un trabajo de crítica oratoria de mucho mérito. La Harpe escribió con naturalidad y gran elegancia los "Elogios de Racine" y de "Catinat".

El padre Guénard, jesuita, debe inscribirse entre los que triunfaron en este género, digale su "Espíritu Filosófico" que es un modelo. Así se conoce su trabajo, pero originariamente no fué más que el tema propuesto por la Academia en los siguientes términos: "En quoi consiste l'esprit philosophique? Les caractères qui le distinguent et les bornes qu'il ne doit jamais franchir, conformément à ces paroles de saint Paul; Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem". En los anales de la Academia Francesa se relata que el padre jesuita Antonio GUENARD obtuvo el premio por ser el más elocuente de los participantes. Este discurso se imprimió separadamente en 1775, posteriormente apareció en las "Tablettes d'un curieux" y en un librito destinado a los jóvenes: "La moral en - ejemplos", 1801. Sus contemporáneos admiraban ese discurso y no comprendían la causa que había impedido a su autor producir algunos otros trabajos. A este jesuita correspondió el mérito de haber elogiado por vez primera el método de Descartes.

Carat, siguiendo las huellas de Thomas alcanzó gran renombre con su "Elogio de Suger". El discurso de Buffon sobre el estilo pertenece a la elocuencia académica, y su respuesta a La Fontaine puede pasar por modelo de esos elogios que se acostumbra entre personas que viven aún. Esta elocuencia de -

que hemos hablado, ha descubierto escritores notables, y el conjunto de los discursos que ha producido no es una de las menores riquezas de la literatura francesa.

LA ELOCUENCIA POLITICA

Comienza a esbozarse la elocuencia política en algunas páginas de "El espíritu de las Leyes" de Montesquieu y en los discursos de J. J. Rousseau sobre la influencia de las letras y sobre la "Inégalité des conditions"; encuentra por fin esta elocuencia una grandiosa tribuna mediante la convocatoria de los estados generales el año que es considerado como una de las señales inolvidables de la historia, nos referimos al año de 1789. Entre los oradores que dió a conocer la asamblea constituyente, encontramos a Mirabeau, al abad Maury y a Cazalès, los cuales supieron mantenerse a la altura de las circunstancias históricas de esos tiempos y también a la altura que su situación particular requería. El tribuno, el sacerdote y el caballero están admirablemente representados por estos tres oradores, entre los cuales, indiscutiblemente, domina Mirabeau con toda la superioridad que tiene el genio sobre la inteligencia. No podemos olvidar en esta enumeración otro nombre ilustre o sea a Barnave, que se atrevió a enfrentarse con cierta igualdad al terrible Mirabeau en algunas ocasiones. --

Precisamente para buscar la elocuencia de esos oradores, el lugar apropiado residió en las sesiones de las asambleas constituyentes, esos oradores sacaban de la lucha y de la contradicción la parte más brillante de su fama. Considerando aisladamente cada uno de sus discursos, encontramos que disminuyen de valor. Mas por el efecto local que produjeron, en muchos casos igualaron y quizá sobrepasaron a algunos oradores de la antigüedad; no obstante, el defecto común que podemos atribuirles es el de no haber podido fijar con el arte de su estilo todo el fuego de la pasión que los animaba.

Como uno de los oradores más importantes de esta época hablamos de la oratoria política, fué Mirabeau, sus contemporáneos - en este género - más o menos próximos asumen junto a él, hasta cuando son algo posteriores, cierta categoría de residuo, y es preferible mencionarlos de una vez para despejar el campo.

El hermano de Mirabeau: Andrés Bonifacio Luis Riquette el cual murió un año después que su hermano (1754-1792), era - muy inteligente y muy valiente. Se distinguió como orador de combate en la Asamblea Nacional, donde representó a la nobleza del Limousin. En sus discursos se observa su profundo apego a las ideas del "ancien régime". Fué perseguido y en el destierro levantó una legión conocida en la historia por la "Legión de Mirabeau" para combatir a la Francia Republicana. Sin negar

que fué un buen orador, comparado con su hermano, no es, según sus propias palabras, más que: un honnête homme.

No es aquí lugar para exponer en toda su extensión y trascendencia la obra del más popular entre los oradores-" el abad Maury" cuyo influjo tanto en la oratoria sagrada (ya citado anteriormente) como en la política es digno de tomarse en cuenta.

Ha sido tema de gran discusión la consideración del género oratorio que manejó con mayor propiedad: el del pùlpito o el de la tribuna.

Hemos aceptado ya que fué un gran orador, dentro del siglo XVIII, como sacerdote, tócanos afirmar que se distinguió de manera notable como orador político, y que en este aspecto sobrepasa al orador del pùlpito.

En efecto, el cardenal Juan Siffrein Maury, llamado el Abad, cuando tenía 20 años se trasladó de Aviñón a París, donde publicó el "Elogio del rey Estanislao el Benéfico" y el "Elogio fùnebre de monseñor el delfin"(1766). Pasaremos por alto diversos trabajos y discursos que publicó por esta época y que no se refieren al tema que tratamos, pero sí debemos hacer notar, aún en contra de la opinión de algunos autores, que su reputación se debió en un principio a sus notables discursos sobre temas religiosos. En 1789 fué elegido diputado en los estados generales, allí defendió los intereses del clero

y de la nobleza y combatiò a Mirabeau. Cuando fué disuelta la Asamblea Constituyente, emigrò, siendo recibido con gran entusiasmo en Coblenz e igualmente en Roma, donde fué consagrado arzobispo de Nicea "in partibus" (1792). Citamos algunos datos de su biografía con el fin de acercarnos al ambiente que lo llevó al ejercicio de la oratoria política. En 1794 fué nombrado cardenal y fué recibido por los obispos de Montefiascone y de Corneto, una de las sedes más ricas de Italia. Siguió la suerte del Imperio, y aceptó un lugar en el senado en 1806 y cuatro años después fué arzobispo de París, haciendo a un lado la prohibición que le hizo el Papa de aceptar esa sede. Sus sermones no fueron más que comentarios de los boletines oficiales. Pero cuando vino la restauración y fué rechazado por el rey, excluido de la Academia, despreciado por la nobleza y por el clero, entonces se trasladó a Roma, donde expió durante seis meses de prisión su desobediencia al Papa. Antes de la Revolución el Abad Maury había ya dado lugar a que se le hicieran ciertas prevenciones por sus propósitos poco mesurados y su actitud atrevida. Cuando fué miembro de la Asamblea nacional y las circunstancias le permitieron desempeñar un papel muy brillante y conforme a su ambición, no mostró por eso menos audacia.

Sabía afrontar los gritos de las tribunas, pero a menudo se dejaba llevar de sus arrebatos coléricos. Cuando sabía

controlar su impaciencia y terminar sus discursos, es decir, cuando podía dominarse, fueron juzgados de la siguiente manera: " Su estilo es constantemente sostenido, florido, armonioso; su memoria prodigiosa proporciona el brillo de la improvisación a varios de sus discursos escritos; la pronunciación era rápida, firme y acentuada con gran habilidad; poseía el don de la réplica oportuna; el arte de prolongar una ironía amarga. Estas fueron algunas de sus cualidades en la tribuna, pero le agradaba más humillar a sus adversarios que vencerlos. Carecía de ese acento de persuasión íntima el cual, aún en las discusiones más serias, remueve las entrañas del auditorio" Para fijar con mayor precisión esta personalidad literaria acudiremos a Mirabeau: "Cuando tiene razón el abad Maury, yo lo venzo; cuando no la tiene, combatimos".

MIRABEAU

Si reducimos a coordenadas los relieves del panorama recorrido, Bossuet es el prototipo de la oratoria del pùlpito; Patru, de la judicial; Mirabeau serà entonces el programa magnífico, la síntesis del orador político.

No vamos a entrar en los detalles de la vida privada de Mirabeau, la cual por su carácter fogoso y por su temperamento no es más que una serie de aventuras apasionadas, ni en el estudio de su vida política; únicamente señalaremos los hechos que pueden servir para explicar la circunstancia casual y sorprendente por la cual, de una manera repentina, al iniciarse la Revolución, brillò su genio oratorio.

Su infancia, sin contar con el defecto físico que señalan sus biógrafos, no fué muy feliz. Su padre lo describe de la siguiente manera, en una carta que escribe a un amigo: "Este niño se parece a Polinchinela, pues todo en él es vientre y espalda", en una carta a su hermano escribe: "Es de un espíritu amante de la fantasía, fogoso, incòmodo, inclinado al mal aun antes de conocerlo"; y más adelante dice: "Su inteligencia, su memoria y su capacidad sobrecogen y espantan". En otro lugar de la misma, hace notar su precoz facilidad de palabra: "Es un perorador infatigable". Entonces tenía Mirabeau nueve años. Sus estudios fueron muy variados, aprendió griego

y latín, inglés, italiano, alemán, matemáticas, economía política; además se dedicó a los ejercicios corporales. Cuando tenía 18 años su padre lo obligó a entrar al ejército con el nombre de "Pierre Buffière", con el fin de indicar mejor que lo ponía en el servicio como una medida correccional. El joven soldado se dedicó asiduamente al estudio de las obras relativas al arte militar consagrándole cinco años. Cuando lo nombraron subteniente fué encerrado en el fuerte de la esla de Ré para poner término a las deudas que contrajo y evitar que continuara en sus intrigas amorosas. Poco después de haber sido enviado a Córcega, lugar donde fué propuesto para el grado de capitán, su padre lo hizo regresar para asociarlo a sus trabajos económicos. Dirigido por Buttafoco compuso una "Historia de Córcega", fué su primera obra; no se imprimió y al fin se perdió. En 1772 se casó con la hija única del marqués de Marignane; por esta época vivió fastuosamente y contrajo una enorme deuda, y en virtud de una orden reservada del rey, fué aprisionado en 1774 en el castillo de If. Se cree que estas circunstancias adversas lo inclinaron a escribir su "Ensayo sobre el despotismo" donde respira ya un ardiente amor por la libertad. Cuando fué transportado al fuerte de Joux, cerca de Pontarlier, se le permitió que entrara a la ciudad, allí se enamoró de Sofía, la mujer del Marqués de Monnier y huyó con ella a Holanda, donde tomó el nombre de Saint-Mathieu y vivió de su pluma.

No citaremos los diversos escritos que publicó por esta época, por no interesar a nuestro tema. Perseguido por la policía francesa, fué detenido en compañía de Sofia. Se le hizo regresar a Francia, y mientras ella era conducida a un convento, él era encerrado en el torreón de Vincennes (1777); lugar en el que permaneció tres años y medio. En ese lugar escribió las famosas "Cartas a Sofia", las cuales fueron hayadas por el procurador de la comuna de París, Manuel, en los archivos de la policía. Si se suprimen de esas cartas los pasajes que nunca debieron publicarse, es indiscutible que pueden compararse a la correspondencia de Saint-Preux con Julia. En ellas se encuentra la pasión un tanto declamatoria de los hombres del siglo XVIII, educados en la escuela del sentimentalismo a lo Jean-Jacques: "Jamais-dice La Harpe- cuando se refiere a esas cartas- on n'a fait mieux voir qu'il y a dans l'amour un charme qui n'est qu'à lui: c'est de n'avoir jamais qu'une même chose à dire, et de la dire toujours sans s'épuiser ni se lasser jamais, et même sans lasser les autres, quand il a l'éloquence qui lui est propre" No puede negarse que Mirabeau trabajó con gran ardor en su prisión de Vincennes. También compuso allí un libro sobre las "Lettres de cachet et -- les Prisons d'Etat" - notable defensa de la libertad individual, - donde con su ágil estilo, en la vivacidad de sus apóstrofes, se siente ya al orador palpitando bajo la pluma del escritor. Tradujo una parte de "Tíbulo" y de los "Besos" de Juan Second,

traducción que fué terminada por La Chabeaussière y fué luego publicada con el título de "Elégies de Tibulle, avec des notes, suivies des Baisiers de Jean Second" (1796). También tradujo en dicho lugar las "Cuentos" de Boccaccio. Parece que las obras que escribió fueron muy numerosas. Se cree que se perdieron trece y sólo han quedado unas nueve; las cuales se imprimieron, unas en su totalidad y otras en parte, y estas son mediocres o inmorales hasta la obsenidad. También se asegura que escribió las "Memorias del ministerio del duque de Aiguillon", donde se trataban asuntos políticos y administrativos de gran interés, y de las cuales Soulavie hizo una refundición cuando las publicó.

Al salir de Vincennes, Mirabeau litigó primeramente para dejar sin efecto la sentencia que lo condenaba a muerte por haberse raptado a la señora de Monnier, y después contra su propia esposa la cual pedía la separación. En esos dos asuntos mostró sus cualidades oratorias, cualidades que más tarde debía desplegar en un teatro de mayor responsabilidad: obtuvo una transacción para la sentencia de Pontarlier, pero no pudo impedir que la Corte de Aix dictara sentencia de separación. En 1784 entró a trabajar al Banco de Panchaud, donde estudió los problemas del cambio y del crédito. Sus opiniones y sus intereses diferían notablemente de los de Beaumarchais, entonces se suscitó una enconada polémica entre ellos, en esa polémica se manifiesta ya el tono de elocuencia propio de Mirabeau, espe

cialmente en su "Réponse à l'écrivain des administrateurs de la Compagnie des eaux de Paris. (1785).

Durante su estancia en Berlin escribió, sobre los deberes de un soberano, la "Lettre remise à Frédéric-Guillaume II, le jour de son événement au trône" y luego regresó a París, viéndose obligado a dejarla nuevamente para poder escapar a una orden de prisión dictada contra él; era la número 15. Pero pronto logró autorización para regresar y tomó parte activa en las discusiones políticas que agitaban a Francia, publicando la "Dénonciation de l'agiotage au roi et à l'Assemblée des notables" la cual atacaba a Necker. En otro escrito, "Réponse aux alarmes des bons citoyens" (1788)- sostuvo el proyecto de reunión de los estados generales, y en seguida entró resueltamente a la vida política, presentándose en las elecciones de la Provençe.

Rechazado por la cámara de los nobles en AIX, hizo oír entonces sus elocuentes acentos de tribuno:

"Dans tous les pays, dans tous les âges, les aristocrates ont implacablement poursuivi les amis du peuple; et si, par je ne sais quelle combinaison de la fortune, il s'en est élevé quelqu'un dans leur sein, c'est celui-là surtout qu'ils ont frappé, avides qu'ils étaient d'inspirer la terreur par le choix de la victime. Ainsi périt le dernier des Gracques, de la main des patriciens; mais, atteint d'un coup mortel, il

lança de la poussière vers le ciel, en attestant les dieux vengeurs: et de cette poussière naquit Marius; Marius, moins grand pour avoir exterminé les Cimbres que pour avoir abattu dans Rome l'aristocratie de la noblesse". El tercer estado lo eligió simultáneamente en Aix y en Marsella. En la Asamblea fué desde un principio el eje directivo. Con razón se dijo que hizo del tercer estado no un orden sino la misma Nación, según podemos juzgar por las palabras que cita Dreux-Brézé: "Pour éviter toute équivoque, je declare que si l'on vous a chargé de nous faire sortir d'ici, vous devez demander des ordres pour employer la force, car nous ne quitterons nos places que par la force des baionettes"- Recuérdese que Mirabeau fué invitado a desalojar el recinto, ocupado por la Asamblea, por un capitán de las guardias reales y que esas palabras pronunciadas en tal ocasión muestran de cuerpo entero la fuerza de convicción que lo animaba.

Desde entonces la historia de su vida hasta su último día se confunde con la historia de Francia. En todos los problemas interviene y en todos ellos se escucha su consejo. Uno de sus más elocuentes discursos fué el que pronunció con motivo de la contribución del cuarto. Este discurso se conoce con el nombre de "Discurso contra la Quiebra": --"Votez ce subsidé extraordinaire; votez le,..... Messieurs, à propos -- d'une risible motion du Palais-Royal, d'une risible insurrec-



tion qui n'eut jamais d'importance que dans les imaginations faibles ou dans les desseins pervers de quelques hommes de - mauvaise foi, vous avez entendu naguère ces mots forcenés: Catilina est aux portes de Rome, et l'on delibère! Et certes, - il n'y avait autour de nous ni Catilina, ni Rome, ni périls. Aujourd'hui la banqueroute est là; elle menace de consumer - vous, vos propriétés, votre honneur; et vous delibérez!" Esa contribución se votò por un auditorio enardecido y entusias- mado por la palabra de Mirabeau. Más tarde ese escenario cam- biò y nuestro orador se lamentaba con las siguientes palabras, precisamente cuando Barnave se iniciaba en esas lides de la popularidad: "Et moi aussi, on voulait il y a peu de jours - me porter en triomphe, et maintenant on crie dans les rues: - la grande trahison du Comte de Mirabeau..... Je n'avais pas besoin de cette leçon pour savoir qu'il est peu de distance - du Capitole à la rochè Tarpéienne; mais l'homme qui combat - pour la raison, pour la patrie, ne se tient pas si aisément - pour vaincu"

Se uniò al partido, tal vez sinceramente, de Luis XVI, y recibìò, para sombra de su fama, enormes subsidios de él; por lo que fué acusado de venalidad, sin que dichas anusacio- nes debilitaran por un momento la energìa de su palabra. Tres días fueron suficientes para que una enfermedad se llevara al sepulcro esta voluntad indomable. Su muerte dejò un vacío in-

menso en la Asamblea y una gran incertidumbre en los destinos de Francia.

Por el testimonio de varios contemporáneos de Mirabeau podemos imaginárnoslo en la tribuna: "Tenía por costumbre caminar rápidamente, su gesto era de mando. Cuando hablaba, su voz menos áspera que las facciones de su rostro, era entrecortada y lenta al principio; pero a medida que tomaba posesión de su palabra, que iba entrando de lleno al asunto que trataba, se animaba, se precipitaba y se transformaba hasta ser verdaderamente adecuada al genio de su elocuencia". Ese genio era la pasión auténtica o calculada. Según Villemain, esa pasión de Mirabeau era superficial y en cierto modo premeditada. "Esa forma violenta, dice, esa vovacidad tribunicia (ver también el libro de Darwin: "Demòstenes y su influencia", sobre esta misma apreciación)-con que cubre sus pensamientos no es más que una concesión que hace al espíritu de su tiempo". Sin embargo, aun abarcando aquellos aspectos en que Mirabeau es artificial, debemos admitir que precisamente ahí hay vigor, originalidad, verdad. No obstante, el crítico parece desmentirse cuando dice: "Mas nunca me ha parecido más elocuente, más potente, que cuando parece que no va a tener recursos, cuando tiene que defenderse de improviso, cuando es atacado por todas partes, cuando es acorralado en la tribuna, entonces es cuando se vuelve y ataca sorprendentemente..... En ocasiones su palabra es tan súbita, que se abandona a sí misma, aun antes de terminar.

Si advierte, mientras habla, un movimiento en la Asamblea, una resistencia muy marcada, se retracta con gran pasión; y, mediante una violenta sacudida a su propio espíritu y al de los otros, los domina precisamente en ese instante en que él mismo está cambiando de opinión" Nos dicen también sus contemporáneos que cuando no estaba emocionado, era vago, obscuro y casi siempre que comenzaba una improvisación, su elocución era pesada, cargada de giros amanerados y de neologismos; parecía que forzaba al auditorio a participar en el trabajo difícil de su pensamiento; pero al mismo tiempo el auditorio esperaba de un momento a otro esos torrentes de elocuencia, que la emoción o la contradicción hacían brotar de sus labios. Hoy, al leer sus discursos, lejos del calor de aquellas pasiones, nos damos cuenta de las incorrecciones, de las transiciones bruscas y también de cierta monotonía en su estilo. Pero esos defectos no ocultan las grandes cualidades que han hecho que la posteridad lo coloque en el sitio que ocupan los más grandes oradores que han existido. Barnave al hablar de él decía: "Mirabeau est le Shakespeare de l'éloquence" Mirabeau a su vez admiraba a Barnave: "Je n'ai jamais entendu parler aussi longtemps, aussi vite et aussi bien; mais il n'y a point de divinité en lui"

Por lo que debemos decir nosotros que lo que constituyó la cualidad más notable en Mirabeau fué la de poseer "esa divinidad" que él mismo exige en el orador.

Quintiliano, en su "Retòrica", aconseja el ejercicio de la redacciòn para cultivar una autèntica escuela de estilo, sin la cual no se soportaría la prueba de guerra de la improvisaciòn. Desde este aspecto estudiemos a Mirabeau como escritor; para esto es preciso recurrir a las palabras de Nisard: "Mirabeau apprend à mesure qu'il écrit, écrit à mesure qu'il apprend. Concevoir et produire sont chez lui deux choses simultanées; en même temps qu'il lit, il juge; en même temps qu'il juge, il prend la plume; sa main court à la suite de son esprit, ou son esprit à la suite de sa main; il pense et écrit à tire d'aile; mais il n'écrit que parce qu'il ne peut pas parler..... C'est l'orateur empêché, comprimé, qui se soulage par la voie de l'écrivain. Son style est ample, abondant, peu coupé, comme sera quelque jour sa parole; et il donne sa période pleine et peu variée, comme il donnera sa phrase oratoire, de toute l'haleine d'une vaste poitrine" Así, pues, se puede afirmar que las circunstancias obligaron a Mirabeau a improvisar y que cuando escribiò, ya estaba formado como orador, no obstante que al iniciarse prefería escribir sus discursos. " Era un verbo motor en alto grado" -dice Jesús Urueta.

Vamos a hablar ahora del famoso contemporáneo de Mirabeau: Antonio José María BARNAVE.--(1761-1793). Al igual -

que Mirabeau, únicamente nos interesa Barnave como orador elocuente, por eso no tratamos aquí más que los aspectos que se refieren a este tema. Fué abogado litigante en su ciudad natal y se dedicò con gran voluntad a adquirir el género de la elocuencia que convenia a su naturaleza. Esta afirmación puede deducirse al leer los manuscritos que dejó: "Travailler, mûrir davantage une cause et puis la traiter d'abondance, ou avec des extraits fort courts, en homme rompu. Exercer ce genre dans ma chambre, m'attacher à la netteté, à la brièveté" Su inteligencia le proporcionò pronto un renombre en su provincia. Podemos afirmar también que al iniciar su carrera no se diò a conocer como orador, sino como escritor en su folleto "Esprits des édits enregistrés militairement le 20 de mai" (1788).-Fué elegido entonces diputado a los "Etats-généraux.- Apasionado por la libertad y las reformas, bajo un gobierno monárquico, formò con Dupot y Lameth algo así como una alianza a la que Mirabeau llamó el "Triumveusat". Barnave tenía como orador, elegancia y agilidad, era de expresión harmoniosa y su fisonomía era agradable. Siguiendo la más estricta lógica, sabía persuadir, era exacto y claro en su exposición pero adolecía del defecto que Mirabeau señaló: "Il n'y a pas de divinité en lui", y que hemos transcrito anteriormente. De acuerdo con el testimonio de sus contemporáneos, Barnave poseía incomparablemente el arte de sintetizar un discurso y de expli-

car y aclarar un debate obscuro. Siendo, como hemos dicho, su palabra en todo momento mesurada, dejó escapar, en ocasión de la "massacre" de Tolón, esa famosa frase: "Le sang qui vient de couler était-il donc si pur?" Esta frase le fué reprochada frecuentemente por los realistas, atribuyéndole una naturaleza criminal, lo cual, según sus biógrafos, no era verdad. - Nosotros podemos afirmar que este orador sí debe ser incluido entre los oradores elocuentes, y creemos que esta sentencia sintetiza y afirma nuestra opinión: Su estilo elegante, mesurado y, a primer examen, frío, era como la ceniza que cubre el fuego y por lo mismo éste persiste más tiempo y su calor se reparte mejor. Su vida misma viene en ayuda de esta afirmación: Su trato era agradable, apacible, pero sabía responder con impetuosidad y vivacidad cuando las circunstancias lo requerían. Aceptó varios duelos, como aquel que tuvo gran resonancia siendo su adversario Cazalès. Es necesario destacar en la carrera oratoria de Barnave, la sesión donde luchó contra Mirabeau sobre la cuestión de saber si la nación delegaría al rey el ejercicio del derecho de hacer la paz y la guerra. En esta sesión su actuación fué indiscutiblemente brillante y -- apenas fué opacada por la de Mirabeau. El segundo orador, por su calidad, en la Asamblea Constituyente, se le ha llamado. En ocasión del viaje a Varennes donde fué encargado para acompañar, junto con Pétion, al rey y a su familia, nos limitaremos a recordar su elocuente discurso sobre la inviolabilidad real.

Condenado a muerte, escribió a su hermana una carta que hoy - nos sirve para conocerlo mejor y para admirarlo. Tomemos algunas palabras de esa carta: "...Doué d'une imagination vive, j'ai cru longtemps aux chimères. Je m'en suis désabusé, et au moment de quitter la vie, le seuls biens que je regrette son_ l'amitié et la culture de l'esprit dont l'habitude a souvent_ rémpli mes journées d'une manière délicieuse.....La mort_ n'est rien...Aujourd'hui, c'est mon idée habituelle; j'existe avec elle aussi calme que si je ne l'apercevais, comme les -- autres hommes, que dans une vague éloignement"

Los Girondinos

Tòcanos ahora acercarnos al grupo político que se_ formò durante la Revolución: los girondinos. Este grupo ùnicamente nos interesa porque en él encontramos algunos orado - res elocuentes, citaremos en primer lugar a BRISSOT y a Mme._ Roland, para estudiar después al orador màs importante para - nuestro trabajo: VERGNIAUD.

Juan Pedro Brissot-(1754-1793).-Fué un político muy notable en su tiempo y aunque se distinguiò màs como escritor que como orador no es posible que pasemos por alto su estudio. Tuvo oportunidad de pronunciar discursos notables y plenos de elocuencia como jefe de los girondinos, sin embargo, nunca pu

do deshacerse de la costumbre de leer los discursos que preparaba con cierta anticipación lo cual le restó belleza y calidad a sus cualidades innatas de orador. Un contemporáneo decía de Brissot las siguientes palabras: "Si él no se hubiera impuesto la costumbre de leer sus discursos en la tribuna, hubiera descollado entre los oradores; si hubiera escrito con menos facilidad lo contaríamos entre nuestros escritores". Hoy, por su destacada participación en la política de la Revolución, su nombre pertenece ya a la historia.

) MARIA JUANA ROLAND-(1754-1793).- Esta dama, también del partido de los girondinos, viene a ocupar un lugar en nuestra disertación. Su biografía únicamente nos interesa en lo que se refiere a su actuación como oradora; aunque muchos se rehusan a considerarla como tal. Su vida agitada y siguiendo la fuerza del ambiente en que vivía fué digna de admiración, muy especialmente cuando se considera que en muy corto tiempo logró conquistar un lugar en la historia.

Mme. Roland pertenece además a la historia literaria por sus "Memorias", su "Correspondencia" y por algunos escritos. Podemos mencionarla en el género que tratamos por su notable actuación en la Asamblea Nacional, ya que actuó personalmente en ella y, el 7 de diciembre, debió presentarse a la barra de la Convención, a propósito de una absurda imputación:

ner trato y correspondencia con el ministro inglés. En esta ocasión se justificò con gran elocuencia y vigor, justificaciòn que se conserva como modelo en su género. Al año siguiente rehusò huir e hizo frente a los mayores peligros, hasta -- que fué arrestada el 2 de junio y retenida en su prisiòn durante cinco meses, los cuales empleò para escribir sus "Memorias". Presentada el 8 de noviembre al tribunal revolucionario se defendiò con dignidad por lo que fué llevada al cadalso, lugar donde, al decir de sus biògrafos, supo morir con entereza haciendo un último sacrificio a la libertad que tanto había amado. "Su estilo en la tribuna, dice un contemporáneo, era ágil y de tal manera estaba impulsado por la sinceridad que conmovia al auditorio de la Asamblea. En todos sus discursos se nota su inclinaciòn a juzgar a los hombres por las impresiones que excitaban en ella. En esos discursos se encuentra una serie de análisis psicológicos. Las Luchas morales y secretos de la pasiòn y del deber hayan un lugar en medio de las tempestades de esta época. Gusta de pintarse a sí misma, y en primer plano, con sinceridad ingenua, pero dejando que el sentimiento invada todo el aliento de su palabra.

Hablemos ya de VERGNIAUD:

Pedro Victorino Vergniaud nació en Limoges el 31 de mayo de 1753, acaeciendo su muerte el 31 de octubre de 1793.- Sus estudios literarios los hizo en Limoges, bajo la direcciòn

de un sabio jesuita, más tarde fué a estudiar a París—(en la época de Turgot). En la Sorbona estudió Teología y todo parecía indicar que iba a seguir la carrera eclesiástica, pero sus ideas filosóficas y algunos éxitos literarios le permitieron estudiar la carrera de abogado. Al terminar su carrera se estableció en Burdeos en 1780, lugar donde adquirió gran reputación. Habiendo seguido con gran asiduidad los principios de la Revolución, fué elegido diputado de la Gironda en la Asamblea Legislativa, y más tarde en la Convención, de esta manera se encontró colocado en los primeros lugares del partido Girondino, siendo también su primer orador. No puede negarse que su papel en este aspecto fué brillante; especialmente por aquella notable habilidad que tenía para improvisar. (Se dice que le disgustaba escribir sus pensamientos). Su palabra tenía agilidad, galanura, fuerza, con frecuencia sus contemporáneos decían: "el fuego de Mirabeau se aviva nuevamente en sus manos". Sin embargo, carecía de sentido para mirar los grandes aspectos políticos, de persistencia y de método. Sus opiniones difusas, la indecisión de su carácter, la necesidad de contar con aliados políticos de opiniones opuestas y de diversos intereses y además que él no podía controlar ni emplear en su provecho, provocaron frecuentemente en sus discursos y en sus acciones una funesta incertidumbre y una extraña desproporción entre el desarrollo de sus discursos y sus conclusiones. Claramente se veía que tras el gran orador no existía

el hombre de estado. La Sra. Roland y varios biógrafos explican la esterilidad de la acción de Vergniaud por su indolencia y por la desilusión que le había causado el conocimiento íntimo de los hombres. Al menos existía siempre en él un patriota sincero. Comprometido con los girondinos, que le reprocharon sus vacilaciones; fué llevado ante el tribunal revolucionario, después de cuatro meses de prisión en la Force, justificó, desgraciadamente por sí mismo, la comparación que había hecho de la Revolución con Saturno el cual devoraba sucesivamente a sus hijos. Se defendió con inteligencia y con nobleza, persuadido de que todos sus actos siempre habían estado encaminados a asegurar el triunfo de la República, y terminaba con estas palabras: "Que faut-il faire encore pour consolider la République par l'exemple des plus énergiques de ses enfants? Mourir? Je le ferai". A pesar de que guardaba con él, secretamente, veneno para privarse de la vida cuando lo creyera conveniente, no hizo uso de él, para poder acompañar al cadalso a sus amigos Ducos y Fonfrède.-

Como hemos dicho, a causa de su carácter, no todos los discursos de Vergniaud alcanzaron el esplendor propio de la elocuencia, pues únicamente como dice Aulard: "cuando la necesidad brutal disipaba sus sueños, cuando se sentía vivamente impresionado por una injusticia ó aguijoneado por un peligro, entonces, las admirables facultades que dormitaban en él entraban bruscamente en acción; su torpeza se sacudía por

si sola; pensaba fácilmente y con rapidez; hacía mucho en poco tiempo. "Era como una crisis que se desataba en la tribuna" En los otros casos carecía de brillo, era medido y con frecuencia descuidado. Por otra parte, sus discursos trataron siempre algo importante y de trascendencia; fueron muy numerosos siendo el "Monitor" el primer periódico que los publicó, y Lallement el primero en recopilarlos cuidadosamente en la "Choix de rapports, opinions et discours à la tribune nationale".

Antes de pasar a estudiar a Robespierre, vamos a detenernos en Jorge Jacobo DANTON, también dentro del siglo 18 y muerto en la flor de la edad. Este político no puede nombrarse sin que su mención vaya unida a la Revolución, este trascendental movimiento histórico está ligado íntimamente al gran orador. La biografía de Danton ha sido argumento y motivo de apasionadas controversias ya que fué uno de los oradores más notables de la Convención. Si anteriormente no hemos recordado los azares y los combates de esa época, al sólo recuerdo del nombre de Danton surgen en la mente aquellos momentos. Fué, como es bien sabido, una época en que una amenaza general de muerte se cernía sobre las asambleas, donde, como argumento, se ofrecía la cabeza o se pedía la de otros, en que se subía a la tribuna con la pistola, o el puñal en la mano y una amenaza en la boca. Danton encontró que su carácter se adaptaba al momento histórico y que poseía la elocuencia -

del tribuno más apropiada para atraer a la multitud y dominarla.

Se le ha llamado "el Mirabeau de la multitud", y este sobrenombre realmente le correspondía. Físicamente tenía gran parecido con Mirabeau; como él atraía a la multitud. Imponía, también como él, en las asambleas. Su talla era atlética, su actitud audaz y decidida y las modulaciones de su voz eran muy parecidas. Danton hablaba el idioma del pueblo cuyas pasiones tenía, y cuando lo inspiraba la pasión, su gesto y su verba inflamábanse al igual que la profusión de las imágenes de sus discursos. Cormenin dice a este respecto: "Danton allait par bonds et par soubresauts, brusquant l'occasion, vif et pétulant dans ses exordes, présomptueux à l'excès, accoutumé aux triomphes de la parole et s'y fiant trop: Ah! tu m'accuses. (decía a Gaudet irguiéndose amenazadoramente en toda su altura). -- Tu m'accuses, moi! Tu ne connais pas ma force!"

Creemos que a Danton únicamente es posible conocerlo mediante sus propios discursos, pues en ellos refleja fielmente su carácter. Su vida misma! Hagamos algunas citas para conocer al hombre y al orador. Todo el secreto de su vida política se escapaba un día en un impulso: "C'est en ce moment, messieurs, que vous pouvez décréter que la capitale a bien mérité de la France entière. Le canon que vous allez entendre n'est point le canon d'alarme, c'est le pas de charge sur nos ennemis!"

Pour les vaincre, pour les attérer, que faut-il?.....De l'audace, encore de l'audace et toujours de l'audace!" Otro día exclamaba: "Le peuple n'a que du sang, il le prodigue. -- Allons, misérables! prodiguez vos richesses. Quoi! vous-avez une nation entière pour levier, la raison pour point d'appui, et vous n'avez pas encore bouleversé le monde! Laissez-là vos querelles futiles, Je ne connais que l'ennemi. Battons l'ennemi, Eh! que m'importe d'être appelé buveur de sang? -- Que m'importe ma reputation? Que la France soit libre et que mon nom soit flétri!" El colorido de su estilo puede juzgarse por esta imagen: "Une nation en révolution est comme l'airain qui bout et se régénère dans le creuset. La statue de la liberté n'est pas encore fondue; le métal bouillonne". Muchas veces su imaginación lo llevaba hasta contagiarse del mal gusto: "Je me suis retranché dans la citadelle de la raison, j'en -- sortirai avec le canon de la vérité et je pulveriserai mes -- accusateurs". Un caso curioso han presentado los discursos de Danton, y es el de considerarlos ligados tan estrechamente con los debates que se suscitaron durante el gran drama de la Revolución, que no se habla pensado publicarlos aparte hasta que Vermorel, en 1866, los publicó en un volumen: "Obras de Danton".

ROBESPIERRE

TÓCANOS ahora considerar a un orador de muy especiales características: Robespierre. Uno de los oradores que pronunció más discursos en la Asamblea y que sin embargo no fiaba al poder de su palabra todo el vigor de su persuasión sobre el auditorio. Otros y muy diversos eran los medios de que se valía para lograr los efectos que deseaba. Tòcanos pues señalar, al hacer su estudio, aquellos discursos en que realmente fué elocuente como orador y en que el frío cálculo de su peroración tuvo que ceder el lugar al fuego apasionado de la improvisación y al vehemente deseo de conmover a su auditorio.

Maximiliano Francisco Isidoro Robespierre.-(1758-1794).- El terrible dictador de la Convención, el inspirador del club de los jacobinos, el implacable director del Comité de Salud Pública, pertenece a la historia literaria y a la Bibliografía por algunos escritos, pero muy especialmente por sus discursos. Hijo de un abogado en el consejo de Artois, el cual, por circunstancias desconocidas, abandonó a su familia y a su país, comenzó sus estudios en el colegio de Arras (lugar de su nacimiento); más tarde gracias a la amistad que tenía con algunos ricos personajes del clero, fué enviado, gozando de una beca, al colegio Louis-le-Grand, donde tuvo por condiscípulos a dos de sus futuros colegas en la Convención, Camilo Desmou-

lins y Fréron. Robespierre fué un escolar excelente, y obtuvo algunos triunfos escolares los cuales le sirvieron más tarde de carta de recomendación entre sus compatriotas, precisamente cuando había terminado sus estudios de derecho, fué a establecerse como abogado a su ciudad natal. Tuvo que luchar en condiciones difíciles muy próximas a la miseria, y sus primeros éxitos en la barra le proporcionaron una buena reputación pero muy poco dinero. Se han conservado algunos discursos de esta época, entre otros sus "Plaidoyers pour le sieur Visserly de Bois-Valé appelant d'un jugement des échevins de Saint-Omer qui avait ordonné la destruction d'un paratonnerre élevé sur sa maison" (1783). En un asunto que se prestaba a las digresiones, el abogado exclamaba indignado: "l'ignorance, les préjugés et les passions qui forment une ligue redoutable contre les hommes de génie pour punir les services qu'ils rendent -- leurs semblables". Como un caso curioso en uno de los alegatos podemos encontrar el elogio declamatorio del rey que él iba a mandar a la guillotina. Luis XVI es, para el joven abogado, "une tête chère et sacrée.....les délices et la gloire de la France" Robespierre dedicaba los ocios que le permitía su profesión a las letras y a la poesía. Era miembro de la Academia de Arras, y también formaba parte de una sociedad literaria que tenía por fin leer, componer versos y canciones. Sabemos que Robespierre hizo algunas de muy poco mérito.

Simultáneamente el futuro dictador participaba en los

concursos en que se ofrecían premios académicos. En 1784, obtuvo uno de los premios propuestos por la Sociedad Real de Metz, en el cual se presentó el siguiente cuestionario: "1o-Quelle est l'origine de l'opinion qui étend sur tous les individus d'une même famille une partie de la honte attaché aux peines infamantes que subit un coupable? 2o-Cette opinion est-elle plus nuisible qu'utile? Robespierre la considerò perjudicial, y tomó de Montesquieu varias ideas, pero por la forma se muestra indiscutiblemente imitador de Rousseau.

Vamos a hacer a un lado algunos trabajos que por esta época publicó Robespierre, y que no interesan al tema que nos hemos propuesto, para tratar ampliamente sobre su vida como orador. El año de 1789, después de combatir la costumbre de dar preponderancia absoluta en las elecciones al clero y a la nobleza fué elegido, en unión de otras quince personas, representante de su provincia en los Estados generales. Debió este honor a la estimación que sus compatriotas tenían de su inteligencia, de su profesión de abogado, de su vida íntegra, modesta y de sus opiniones altamente monárquicas y liberales. Mas habiendo entrado ya a la vida política, su actuación fué muy diferente de las promesas de su pasado, su palabra fué el instrumento principal de su fortuna y de su poder. Fué este el momento en que la elocuencia que dominaba en sus peroraciones le iba abriendo paso en el campo de su poder futuro. Sus princi -

pios fueron laboriosos y dirigidos hábilmente. No subía a la tribuna sin aparentar timidez y en los momentos que podían -- serle más favorables. Sus discursos los preparaba siempre con gran laboriosidad y sin olvidar aquella elocuencia declamatoria tan apropiada para sus planes. Su guía era Róusseau para las teorías sociales y políticas, y también para los procedimientos de estilo. Empleaba los movimientos oratorios de la pasión sin el calor de la verdadera pasión. En cuanto a las ideas democráticas, verdaderamente avanzadas para su tiempo y cuya realización deseaba firmemente, no dejaba de ocultarlas con un tenue velo de misterio; pero se percibía, a pesar de su dificultad calculada para expresarlas, la voluntad de sacrificar todo para lograr su aplicación. Difícilmente se podría deducir de sus discursos un sistema determinado de política. Tiende en ellos más o menos a la organización del poder en Francia bajo tal o cual forma; desea la regeneración del país, quiere sin definirlo claramente, el reinado de la virtud y destroza sin piedad todo lo que se opone a su advenimiento, hombres, clases, instituciones. Su táctica es denunciar a sus enemigos como agentes de traición o de corrupción, apoyándose siempre en su prestigio de "Incorruptible".

Los discursos de Robespierre en la Asamblea Constituyente son más numerosos de lo que se creía y muchos de ellos son de gran importancia. Por primera vez tomó la palabra antes

los órdenes, en ocasión de una invitación dirigida a los comunes por el arzobispo de Aix, para que se enviaran algunos diputados cerca del clero, con el objeto de tratar algunos puntos para aliviar la miseria del pueblo. Era este un medio velado para hacer que la reunión del tercer estado estuviera en condiciones de inferioridad. Robespierre hizo fracasar el cálculo y no dió oportunidad al clero de mostrar su interés por el pueblo ante la opinión pública.

Se ha tenido la curiosidad de contar las veces que abordó la tribuna y se ha podido decir que fueron 30 veces en 6 meses del año de 1789, y más de 80 discursos durante el año de 1790, y de enero a octubre de 1791 más de 60. En este período se hace notar el que pronunció el 30 de mayo de 1791, en pro de la abolición de la pena de muerte, el cual, inspirado en un sentimiento filantrópico en aquella época sincero, hace un contraste notable con las sangrientas prácticas del Terror. Robespierre no formó parte de la Asamblea Legislativa, de la que se habían excluido los mismos miembros de la Asamblea precedente por un acto de desinterés. El aprovechó esta circunstancia para establecer su influencia en club de los jacobinos. Ese fué el ambiente donde ejercitó su influencia declamatoria. Ahí no tenía contradictores como en la Asamblea. En ese lugar escapaba a las exigencias de una discusión para la que no tenía inclinación ni habilidad. En este club su carácter sospechoso y

su furor acusador encontraban eco; la austeridad de su vida le aseguraba sobre las clases pobres y las gentes envidiosas un ascendiente particular que le propocionaba secuaces entusiasmados. Aquí denunciaba diariamente peligrosos complots, en los cuales implicaba a todos aquellos que personalmente le eran hostiles o sospechosos. Hablaba también de sus propios peligros, y decía que había "mille poignards aiguisés contre lui", que hacía el sacrificio de su vida a la verdad, a la justicia, a la libertad, a su amor inigualable a la causa del pueblo. Esta elocuencia lacrimosa y macabra, como lo hace notar L. Joubert, esta cruel mezcla de temor y de cólera, de lamentación y de demencia, rara vez dejaba de producir efecto, y muchas veces el auditorio juraba solemnemente morir antes que permitir se pusieran las manos sobre tal patriota.

En la Convención, su papel como orador se agiganta al mismo tiempo que su actuación sobre los acontecimientos. Unas veces sostiene terribles luchas, otras ejerce un dominio que no encuentra adversarios. Es en esta segunda situación donde su elocuencia estudiada, enfática y de movimientos oratorios convencionales, llega a su culminación, y tenemos de ella su modelo más notable en su discurso del "18 floréal" (7 de mayo de 1794) en honor del Ser supremo; es el triunfo de la imitación a J.J. Rousseau. Pero cuando la Asamblea es agitada contra él por voz de sus acusadores, como lo fué pocos días después de su reunión, por Rebecqui, Barbaroux, Louvet, los cua-

les denunciaron su tiranía, Robespierre se defiende con energía inusitada. Consideramos que fué esta una de las ocasiones en que tuvo que recurrir, como lo hizo al iniciar su carrera política, a la fuerza de su elocuencia, en el sentido estricto del concepto; mas no por eso era menos vigorosa y menos digna de tomarse como modelo al compararla con las más brillantes de su época. Debemos admitir que en esa ocasión también empleó su arma favorita, según era su costumbre, acusando a sus adversarios de ser sospechosos de alta traición y también los calumnió para que el pueblo ejerciera en ellos su venganza. (Ya sea que luche contra los realistas o contra los girondinos, contra los dantonistas o los hebertistas, emplea incesantemente su arma invencible: su prestigio de incorruptible, y la Asamblea termina por aplaudir la pureza de su intención y de sus actos, aun cuando acabe de defender su terrible ley que reorganiza el tribunal revolucionario y que entrega a sus enemigos y aún a sus amigos a su justicia sumaria, sin garantías, sin testigos, sin defensores). En esa postrera ocasión se notan con toda evidencia sus procedimientos de combate: El "9 thermidor" es el desenlace de su última lucha oratoria. Como en todas las anteriores, Robespierre de acusado se transforma en acusador y pide contra sus enemigos nuevas armas, luego acude a los jacobinos y allí trata de decidir una insurrección que esta vez aborta y lo deja impotente y desarmado, inerme ante una Asamblea que se ha sacudido ya del exceso de servilidad y de terror.

C O N C L U S I O N E S

Llegamos al final y vamos a intentar sintetizar nuestro estudio en los siguientes puntos:

I.- Dos son las fuentes de la elocuencia en los siglos XVII y XVIII: El amor a Dios y el amor al pueblo.:

El tema más importante de la oratoria del siglo XVII: el amor a Dios. El más importante de la del siglo XVIII: el amor al pueblo. En el primer caso existió un ambiente propicio; en el segundo caso existió la posibilidad de dar al pueblo todas las libertades que reclamaba.

II.- El ambiente del siglo XVII permite que los oradores tengan oportunidad de preparar sus temas, de meditarlos, de vivirlos. La oratoria del pùlpito se presta muy poco para la improvisación: el orador sagrado medita y lleva siempre en su corazón la palabra que ha de transmitir a su auditorio. El tribuno del siglo XVIII tiene que improvisar con gran frecuencia. Sus grandes discursos políticos pocas veces -- pueden atenerse a las reglas establecidas por los retóricos, sino que ordena su material de acuerdo a su propio -- punto de vista en cuanto al efecto esperado para el ataque y la defensa. Lo importante es mantener la atención de los oyentes y lograr de una manera efectiva influencia en

los sentimientos populares. Mirabeau, Danton, Vergniaud, para no citar más, fueron improvisadores geniales.

III.-Los oradores del siglo XVII, logran una gran longevidad.

Llegan a alcanzar una preceptoría, predicán ante los reyes y cuando la muerte les llega, mueren tranquilamente y estimados por todos. Lo contrario puede decirse de los oradores -- del siglo XVIII. Su ideal es dominar en la Asamblea; sus armas son el entusiasmo juvenil y la audacia; generalmente mueren jóvenes y también en situaciones trágicas, en que el odio o la venganza apenas se sacia con su muerte.

IV.- La elocuencia del XVII es grave, imponente, vasta, armoniosa y sonora. Se alimenta con los recuerdos de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. La del XVIII, es apasionada, brillante, ágil, combativa. "Es como una crisis que se desenlaza en la tribuna". Se alimenta con las ideas de Rousseau, Voltaire, Montesquieu,.....

V.-Toda la vida de la época revolucionaria tiene su eco en la tribuna de la Asamblea, porque habiendo de ser la oratoria política de esa época una como afirmación pública del credo revolucionario, era imposible que en ella no se tratase de lo que a todos interesaba con gran pasión y entusiasmo.



SOFOIA